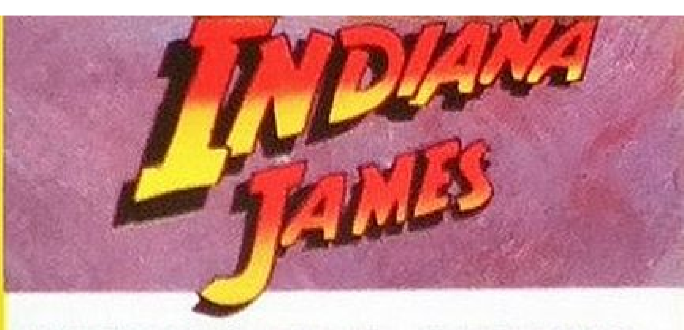




INVIERNO EN EL INFIERNO

Jim Tonic era el mejor compañero que se puede desear para cualquier aventura. Lo descubrí cuando me sacó, primero de aquella perdida ciudad africana y, después, de la «civilizada» Ginebra.

Ya les he dicho que Jim Tonic se parecía extraordinariamente a Lee Marvin. Por si esto fuera poco tenía una cavernosa voz, un poco común aguante a las bebidas alcohólicas, y una necesidad imperiosa de encender un cigarrillo antes de apagar la colilla del anterior.



Curtis Garland

Invierno en el infierno

Bolsilibros - Indiana James - 46

ePub r1.0
LDS 29.05.18

Título original: *Invierno en el infierno*
Curtis Garland, 1988
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

Capítulo primero

Jim Tonic era el mejor compañero que se puede desear para cualquier aventura. Lo descubrí cuando me sacó, primero de aquella perdida ciudad africana y, después, de la «civilizada» Ginebra.[1]

Ya les he dicho que Jim Tonic se parecía extraordinariamente a Lee Marvin. Por si esto fuera poco tenía una cavernosa voz, un poco común aguante a las bebidas alcohólicas, y una necesidad imperiosa de encender un cigarrillo antes de apagar la colilla del anterior.

Sus labios estaban permanentemente ocupados por cigarrillos rubios o negros, puros, pipas o cualquier otra cosa susceptible de llenarle los pulmones de humo. Yo estaba convencido de que Jim sería feliz en medio de un gigantesco incendio forestal.

Pero vayamos a lo nuestro; desde Ginebra fuimos hasta Ankara llevando un cargamento de medicamentos, desde allí y con las bodegas llenas de prendas de cuero, fuimos hasta New Delhi, de allí partimos vacíos a Hong Kong, donde cargamos una remesa de aparatos de video que llevamos hasta Manila. Donde embarcamos tabaco para Camberra, y desde allí transportamos latas de carne y verduras hasta Auckland (Nueva Zelanda). Allí nos detuvimos.

En quince días habíamos hecho un montón de kilómetros y emborrachado en varios países: Suiza, Turquía, India, Hong Kong, Filipinas, Australia y Nueva Zelanda.

Como decía mi buen amigo Jim Tonic, él «no hacía las cosas por amor al arte», así que después de esta media vuelta al mundo, nuestras carteras presentaban un volumen apreciable.

¿Dónde gastarlo mejor que en Nueva Zelanda? Tiene buen clima, guapas chicas, excelentes bebidas, confortables hoteles…

Los primeros tres días permanecimos tumbados bajo una palmera, junto a la piscina del hotel más caro de la ciudad.

Al cuarto día, todo cambió.

Justo en el momento en que acababa de subir a mi dormitorio con una preciosa rubia, y cerraba la puerta tras de nosotros, observé que allí se hallaba un papel al que no había prestado atención los otros dos días; uno de esos impresos dentro de una bolsa de plástico transparente, en el que se informaba a los usuarios del hotel de dónde se hallaban las salidas de emergencia, qué hacer en caso de incendio, a qué hora debe dejarse libre la habitación…

Y también se informa de los precios de la habitación, del desayuno…

Sólo con ver el dinero que valía el «buffettelibre» en el que desayunábamos, se me puso la piel de gallina.

En sólo tres días nos habíamos gastado todo el dinero que con tanto esfuerzo habíamos ganado en quince días. ¡Qué caro es ser rico!

Despedí amablemente a la chica desoyendo sus protestas, y aporreé la puerta de la habitación de Jim.

—Soy Indy… ¡Es muy importante! ¡Abre!

Lo hizo con una toalla anudada a la cintura y un puro entre los dientes, a punto de ser partido en dos pedazos.

Mirando sobre su hombro pude ver a una preciosa mulata que se tapaba los pechos con la sábana.

—Espero que sea muy muy muy muy importante. Porque si no lo es, te daré con la puerta en las narices.

—Está bien, hazlo. Pero cuando termines de cerrar la puerta, mira el papel que hay detrás.

—¡¡¡BLAAAAMMM!!! —rugió la puerta.

—¡¡¡FUUUIIIIIUUUUU!!! —Silbó Jim, unos segundos después.

Cuando volvimos a vernos cara a cara estaba pálido como una momia recién desenterrada.

—Eso que está escrito ahí… ¿Significa que dos desayunos abajo valen tanto como el sueldo de dos pilotos cruzando unos miles de kilómetros sobre países en guerra como Siria, Irak, Irán, Afganistán…?

Asentí con la cabeza.

Lo más normal hubiera sido que recogiéramos nuestras maletas en silencio y procuráramos salir del hotel discretamente y sin dejar rastro.

Pero Jim no es de esa clase de personas. El no.

—¿Sabes lo que voy hacer, muchacho? —me dijo sin dejar de masticar rabiosamente uno de los trozos en que se había convertido su puro—. Voy a bajar a Recepción, tomaré al encargado por las solapas, lo levantaré por encima del mostrador hasta que nuestras narices entren en contacto y, entonces, le diré que es un ladrón de la peor especie.

Y lo hizo.

No sirvió de nada que yo bajara corriendo detrás de él, intentando convencerle de que tenía un plan mejor. No sirvió de nada que me quedara prudentemente alejado, silbando hacia el techo con aire de «a este individuo yo no lo conozco».

Jim hizo todo lo que había prometido, y como postre, lanzó al recepcionista sobre el mostrador.

Acudieron tres fornidos maleteros, dos camareros, el portero, el detective del hotel, un pinche de la cocina… Gente que no está acostumbrada a dialogar para solucionar los pequeños problemas de la vida.

¿Cómo me iba, yo, a estar quieto?

Cuando vi a Jim sepultado entre aquel montón de ladrones, di un grito de alegría y me uní a la fiesta.

Fue una buena pelea; no sólo acudieron otros diez o doce empleados del hotel; también hicieron falta media docena de fornidos policías, hasta que consiguieron inmovilizarnos en el suelo.

Si diez minutos antes, nuestra deuda con el hotel ascendía a 3000 dólares, después de la pelea esta cantidad se había multiplicado por cinco o seis.

No es un importe de esos que pueden pagarse diciendo: «Está bien, fregaremos platos».

Pero con la gente de dinero, siempre es fácil ponerse de acuerdo en cuestiones de dinero.

Nos ofrecieron poner nuestro avión y nuestros títulos de pilotos a su disposición durante un par de meses, y consideraban saldada la deuda.

Nuestra misión; tomar viajeros en Auckland y llevarlos a sobrevolar la Antártida; el único continente virgen que queda en nuestro viejo planeta.

Ésta es una excursión que sólo se puede realizar durante un mes

y medio, ya que las condiciones climáticas del Polo Sur impiden acercarse en cualquier otro mes del año.

En dos días reformaron las bodegas de nuestro viejo «Dakota». Lo enmoquetaron, pusieron asientos, lo perfumaron, pusieron hilo musical… y nos dijeron que la factura la añadirían al importe que debíamos en el hotel.

Después, y antes de emprender el primer viaje, nos dejaron un libro sobre lo que teníamos que contarles a los turistas, cuando sobrevolásemos el «Continente Helado».

Para que se vayan haciendo a la idea, les diré que la Antártida es un continente de forma redondeada y que ocupa unos 14 millones de kilómetros cuadrados. Y que toda ella está cubierta por una gigantesca capa de hielo que la «desborda», ocupando 42 millones de Km2, y midiendo unos 2000 metros de espesor por término medio. Allí está el Polo Sur, y el punto más frío del planeta; la estación rusa Vostok, donde ha llegado a alcanzarse los 88 grados centígrados bajo cero. Los vientos pueden llegar a alcanzar los 200 kilómetros por hora. Allí no viven más que algunos pingüinos, focas, skuas, ballenas y peces en general.

No hay hoteles ni bares, ni burdeles, ni tiendas, ni ningún otro rastro de civilización.

Los únicos seres humanos que habitan allí son los científicos y militares que están destinados en las bases que los diferentes países tienen sobre la superficie. Pero no es una vida fácil; aparte del mes y medio de verano, el resto del año han de pasarlo encerrados en sus cubículos sin poder salir al exterior.

Las bases son pequeñas, ya que los trabajos de instalación sólo pueden realizarse en época de verano que es cuando pueden acercarse los barcos y los aviones a descargar el material para construirlas, dejar las provisiones, los aparatos científicos…

¿Ustedes creen que esto es agradable? ¿No?

Pues puedo decirles que unos cuantos de cientos de personas pagaron más de mil dólares por estar doce horas en avión y sobrevolar, durante un poco menos de media hora, una esquinita del continente.

Y para colmo, durante esa corta media hora, el reflejo del sol sobre el hielo los dejaba medio cegados.

Hay gustos para todo, cada uno se gasta su dinero como quiere y

todas esas cosas que se dicen en estas ocasiones.

A nosotros, nos estaba permitido pagar la deuda sin pasar por la cárcel, y además, nos habían hecho un buen repaso a los motores del avión.

Cuando pasó el mes y medio, se había acabado el verano en la Antártida, habíamos pagado nuestra deuda, las bodegas del avión volvían a estar vacías de asientos y listas para recibir carga… y aún nos sobraban quinientos dólares.

Sólo necesitábamos que alguien nos encargase algún trabajo, para salir volando hacia otra parte del mundo, lejos del hielo, del frío, de los vientos…

El encargo vino en forma de mujer; una chica de unos veinticinco años que dijo llamarse Bárbara Higgs, ser de Estados Unidos y estar dispuesta a pagarnos dos mil dólares y los gastos por llevarla a un sitio.

Era un buen precio, pero no conviene ser blandos y decir que sí, sin presentar resistencia.

Jim y yo la repasamos: pelo castaño, ojos grandes, labios gruesos, un metro setenta de altura, vestida con *jeans* y camisa a cuadros que dejaban adivinar unas formas no demasiado exuberantes…

Resumiendo, nunca ganaría un concurso de belleza, pero tampoco era fea.

Se trataba de una de esas chicas «monas», sin más.

Jim decidió regatear el precio.

—Dos mil dólares… y los gastos. No es mucho según donde tengamos que ir… ¿Cinco mil dólares?

Pensé que Jim había disparado demasiado alto: la chica nos iba a mandar al infierno.

—¿Cinco mil dólares? De acuerdo. —Lo dijo con aire de persona a la que no le preocupa el dinero, si eso puede satisfacer un capricho—. Quiero que me lleven a la Base Stark, en la Antártida.

Sí. Nos había enviado al Infierno.

Y, a continuación, Bárbara Higgs rompió a llorar.

CAPÍTULO II

Ni Jim ni yo, somos personas que nos conmovamos por las lágrimas ajenas, sean femeninas o masculinas. Pero tampoco dejamos pasar la oportunidad de rodear con el brazo los hombros de una chica y comenzar a consolarla. Es lo que podríamos denominar «un trabajo a medio plazo».

Nuestros cuatro brazos la rodearon, palparon, acariciaron y estrujaron el cuerpo de Bárbara Higgs.

—¿Qué le sucede, señorita?

—¿Podemos ayudarla en algo?

—¿Se encuentra mal?

Por toda respuesta la chica sacó la mano del bolsillo de su camisa y nos tendió un billete de mil dólares, mientras se enjugaba sus lágrimas.

—Con los cinco mil, he alquilado sus servicios para llevarme hasta la Antártida. Con estos mil quiero comprar su curiosidad. ¡Absténganse de hacerme preguntas!

Rápidamente Jim Tonic se guardó el billete. En sus ojos brillaba una luz que yo comenzaba a conocer muy bien. Si fuera cierto que «la curiosidad mata a la gente» Jim no hubiera llegado a cumplir los siete años.

A mí, me hubiera pasado lo mismo.

Y para excitar al máximo nuestra curiosidad, nada mejor que ofrecernos dinero para que la reprimamos.

Ambos pensamos que, como fuera, nos enteraríamos del secreto de Bárbara Higgs.

—¿Qué hacen mirándose a los ojos como si fueran una pareja de enamorados? —preguntó ella, repuesta rápidamente de su llanto—. Confío en que podamos partir hoy mismo…

Jim intentó convencerla de que era prematuro, de que hacía falta tiempo para repasar el avión, para cargar los bultos, para repostar y hacernos con víveres.

—¡Tonterías! —replicó la chica—. El avión acaba de salir del hangar, los bultos no son más que unas cajas que no ocupan más allá de medio conteiner en el que van las ropas adecuadas y comidas para los tres por si el tiempo nos impide regresar y hemos de pasar el invierno en la Antártida. En cuanto al combustible, no nos ocupará más de media hora…

Si hubiéramos necesitado un capitán enérgico, para unirse a nosotros difícilmente hubiéramos encontrado a alguien más capaz. Ella imprimió velocidad a los trabajadores de carga, a los encargados del combustible… y a nosotros mismos.

Casi antes de darnos cuenta, estábamos sentados a los mandos del avión, solicitando permiso para despegar a la Torre de Control.

Yo me senté en el asiento del piloto mientras Jim me susurraba al oído:

—Ya me ocuparé yo de sonsacarla… —Y se sentó junto a la chica.

Despegar con el viejo «Dakota» no es tarea fácil. Aunque yo había hecho muchos viajes y conocía todos sus secretos, no dejaba de sentir un cierto temor y una total desconfianza cuando comenzaba a encender los motores.

Seguro que todos ustedes tienen en casa algún electrodoméstico que solamente ustedes son capaces de hacerlo funcionar; unos mandos que es necesario oprimir de determinada manera, una pieza suelta que hay que mover de una forma especial, un señalador que no indica si no es con la ayuda de un puñetazo propinado en un punto muy exacto…

Al «Dakota» le pasaba lo mismo; el altímetro señalaba si se le golpeaba en la caja, los «flaps» y alerones no respondían si no estaba encendida la luz de la cabina, el volante tenía suelta la pieza de caucho que lo recubría y debía de ser sujetado con energía por los radios que le unían al eje… y todo esto después de que el avión había sido repasado y puesto a punto.

Por un espejo situado sobre el cristal delantero pude ver como Bárbara Higgs palidecía.

—Ya le avisamos de que necesitaríamos tiempo para arreglar

algunas cosas… —le dije con tono de «no digas que no te lo advertí».

—Si ha volado hasta ahora, supongo que lo seguirá haciendo —respondió con tono de «si tengo miedo, sé cómo aguantármelo».

Si despegar con el «Dakota» no es fácil, viajar con él hasta la Antártida es una heroicidad, como muy bien habíamos demostrado. Pero intentar hacerlo en las condiciones actuales, sólo podía ocurrírsenos a dos locos como nosotros.

Conforme nos íbamos acercando al continente helado, los vientos comenzaban a ser más fuertes. Conviene recordar que, así como el casquete del Polo Norte se halla resguardado por la parte superior de los continentes europeo, americano y asiático, el Polo Sur, solamente está rodeado por océanos. No hay montañas que frenen el viento que, sobre la superficie del mar adquiere unas velocidades inusuales en cualquier otro punto del planeta, algo así como 200 kilómetros por hora.

Llevar un avión en esas condiciones, no es tarea para alguien sin mucha experiencia, y aunque yo tengo unas cuantas horas de vuelo, sentía miedo cuando nuestro pequeño aparato era zarandeado por alguna corriente de viento.

Jim debió de notar algo, porque abandonó su cómoda instalación en el asiento trasero y me pidió que le dejase los mandos. Lo hice con un suspiro de tranquilidad, y me coloqué al lado de la chica que se entretenía mirando por la ventana, sin decir ni una palabra.

Los proyectos de sonsacar a la chica, parecían no marchar por buen camino.

Y entonces dio un profundo suspiro y se volvió hacia mí.

—Creo que tarde o temprano lo van a saber, así que será mejor que conozcan la historia de mis labios.

Jim y yo intercambiamos una mirada de satisfacción.

—Ya saben que me llamo Bárbara Higgs. Soy hija de Brian Higgs, el conocido millonario. Como ustedes sabrán mi padre es un decidido colaborador de organizaciones ecologistas y pacifistas. Es uno de los más importantes mantenedores de la Fundación Bolland, dedicada a las labores científicas y, gracias al apoyo económico de mi padre, a investigaciones sobre protección de la naturaleza. Durante los últimos años ha entregado varios millones de dólares

para realizar estudios sobre las Lluvias Ácidas, Contaminación Marina, Ballenas, Residuos Nucleares… En su testamento ha dejado una buena parte de su dinero a la Fundación Bolland…

Hizo una pausa y me miró a los ojos.

—Pues bien, la Fundación está dedicándose a realizar estudios para mejorar algunas armas atómicas. Yo lo he descubierto hace sólo unas semanas. Mi padre se halla en la Base Stark y desconoce todo esto. Estoy segura de que cuando lo descubra borrará a la Fundación de su herencia, pero para eso es necesario que vuelva con vida ante un notario. Y mucho me temo que no consiga regresar de la Base. Si se enteran de que yo he descubierto su doble juego, le matarán.

Un pesado silencio flotó en la cabina. Fue Jim el que lo rompió con una pregunta a bocajarro.

—Así que usted va a ayudar a su padre… ¿Y quién nos dice que no es una maniobra para que su padre le deje a usted la herencia en su totalidad?

Bárbara Higgs rompió a reír.

—Mi padre tiene más dinero del que yo me podría gastar viviendo doscientos años. Además, antes de firmar el testamento, me pidió mi opinión, que fue favorable. Y el dinero que no vaya a la Fundación Bolland irá a parar a algún otro organismo ecologista: World Wildlife Fund, Greenpeace, Friends the Earth…

Jim dio un profundo suspiro y tendió el billete de mil dólares a la chica.

—Creo que no nos lo hemos ganado. ¡Y tenga cuidado con la forma en que lo gasta! No está bien que nos de mil dólares por no hacer preguntas y, al poco rato, usted nos cuente todo.

Ella rechazó el billete, que Jim guardó presurosamente.

—Así que vamos a coger a su padre, sacarlo de la Base Stark y volver a Nueva Zelanda. Si nos hubiera dicho el tipo de trabajo que teníamos que realizar, hubiéramos podido traernos «algo» que nos ayudara: unas pistolas, metralletas, munición…

—No hace falta. La Antártida es un terreno declarado desmilitarizado, y está prohibido tener armas. Allí sólo hay estaciones científicas.

Durante un buen rato la chica nos entretuvo hablando de la fauna de la Antártida, del tipo de estudios científicos que allí se

realizan, de la importancia que tiene la Antártida por ser el único lugar del mundo que casi no ha sufrido el impacto de la civilización…

—Allí no hay fábricas que contaminen el ambiente, no hay guerras entre las naciones, no hay vertidos tóxicos… Aunque todo esto pueda cambiar en el año 1990. En esta fecha expira el tratado de Washington, y muchos países quieren repartirse la Antártida, como si fuera un pastel, y comenzar a explotar sus riquezas. GREENPEACE ha lanzado una campaña pidiendo que se declare a este continente como «Patrimonio Común de la Humanidad» y se mantenga resguardado de la voracidad de las multinacionales… ¡Una bonita idea!

—Y… ¿qué tendría de malo que alguien sacase petróleo? —interrogó Jim—. Quizá se conseguirá que bajase el precio…

—La Antártida es el refugio de verano de las ballenas y de gran cantidad de peces, allí es donde se desarrolla el Krill, un pequeño crustáceo que alimenta a muchos pescados… que alimentan, a su vez, a otros pescados… La Antártida es, por decirlo de alguna forma gráfica, la despensa del mar. Si desaparece, los océanos comenzarán a fallecer, aún más rápido de lo que lo están haciendo. Si se buscase petróleo en su mar y se produjera un escape, todas las aguas se contaminarían. Además, con las bajas temperaturas del Polo Sur, el petróleo tardaría mucho tiempo en disolverse en el mar y mataría a gran número de sus habitantes…

No terminó la frase, pero Jim y yo pudimos imaginarnos el resto: la muerte del mar, la falta de pescado, la putrefacción de sus aguas…

Durante un buen rato nadie dijo nada dentro del avión. Nos estábamos acercando a la Antártida. Los vientos estaban zarandeando el avión sin ningún tipo de piedad. Casi sin darnos cuenta, la chica se había agarrado a uno de los soportes con una mano, mientras que con la otra se había aferrado a mi brazo.

Este viaje era muy diferente de los que habíamos hecho cargados de turistas. El invierno hacía sentir su presencia con una fuerza aterradora.

—La estación está situada en la costa, como casi todas —dijo la chica mientras pasaba a ocupar el asiento del copiloto—. Yo le ayudaré a encontrarla.

Desplegó unos planos y comenzó a consultar los instrumentos de la nave, impartiendo breves y concisas instrucciones a Jim. Parecía conocer muy bien algunos aspectos de la navegación aérea.

—Debemos de estar casi a punto de llegar… Intentaré hablar con ellos por radio.

A nuestros pies, una inmensa superficie blanca comenzaba a ocupar el horizonte. Si en los viajes anteriores la había contemplado con desdén, ahora lo hacía con algo de temor.

Tras varios intentos, Bárbara logró comunicarse con la base Stark.

—Soy Bárbara Higgs. Vengo a bordo de un «Dakota» NZ-323-WE. Deseo hablar con Brian Higgs. Cambio.

Tardaron mucho tiempo en contestar. Casi podíamos ver las caras de incredulidad de los ocupantes de la Base.

—¡Señorita Higgs! Soy el profesor *Hooligan*… ¡Es muy peligroso lo que está usted haciendo! Cambio.

—Ya lo sé, pero graves problemas hacen que necesite regresar a Estados Unidos con mi padre. ¿Puedo hablar con él? Cambio.

Hubo nuevamente un largo silencio.

—¿Base Stark? ¿Base Stark? Parece haberse interrumpido la comunicación. Respondan. Cambio. —Dijo la chica, con gesto preocupado.

—Señorita Higgs… su padre no se halla aquí en este momento. Ha ido a la Base Wouk. Si desea verle, es mejor que se dirija allí. Cambio.

Bárbara desconectó el micrófono y nos dijo:

—Es una trampa. Tenemos el tiempo justo para coger a mi padre y salir de aquí antes de que las circunstancias climatológicas nos lo impidan. Si vamos a la Base que nos dicen, encontraremos que mi padre no está allí y quedaremos bloqueados. Ellos, mientras tanto, podrán deshacerse de él sin problemas.

Jim se apoderó del micrófono.

—Soy el capitán Tonic, al mando del avión. Tenemos problemas en uno de los motores, así que vamos a aterrizar de todas maneras. ¿Hay algún lugar cerca de la Base? Cambio.

—Yo en su lugar, intentaría llegar a la Base Wouk. Si aterrizan aquí y el tiempo empeora, quizás no puedan despegar nuevamente, y quedarían bloqueados por varios meses. Vayan a Base Wouk.

Cambio.

Jim guiñó a Bárbara.

—Pueden ir preparando su habitación de huéspedes. Con ese motor no conseguiríamos llegar a Base Wouk. ¡Descendemos! Cambio.

—¡Buena suerte! Encontrarán una superficie uniforme a unas seis millas de la base, en dirección Este-Oeste. No cierren las líneas de comunicación por si necesitan ayuda. Cambio.

Jim hizo descender el avión.

Conforme nos acercábamos a la superficie, el viento se hizo más fuerte, o por lo menos, así lo parecía.

A la velocidad que llevaba, arrastraba partículas de nieve, que formaban una neblina imposible de traspasar con la vista.

—Necesitaríamos un ciego al mando del avión. —Dijo Jim masticando nerviosamente su inevitable puro.

—¿Por qué? —preguntó la chica ingenuamente.

—Porque aquí sólo se puede aterrizar de una manera: a tientas.

Y obligó al aparato a descender aun más.

Capítulo III

Verdaderamente, aquello era como zambullirse en una piscina, llena de puré de patatas, intentando encontrar un anillo perdido en el fondo.

Bárbara y yo contuvimos la respiración. Creo que Jim hizo lo mismo, porque el humo de su puro salió por la punta sin ninguna interrupción.

Entre el espeso manto de enloquecidos copos de nieve que nos rodeaban pudimos ver fugazmente la silueta de los pequeños edificios que formaban la Base Stark. Desde donde nos hallábamos era imposible decir si se parecía a una «favela» de Rió de Janeiro o a la Basílica de San Pedro del Vaticano.

Lo único que se distinguía con claridad, los dos palos de un velero anclado en la bahía. Y, si lo vimos, fue debido a que por muy poco no chocamos con ellos.

Jim seguía aferrado a los mandos. El avión rebotó tres veces sobre el hielo antes de realizar el contacto firme. Después, comenzó a deslizarse derrapando y girando sobre sí mismo, como si se tratara de un patinador borracho.

Con un bufido, Jim desconectó los motores y dejó que el avión siguiera haciendo piruetas en todas las direcciones, como un trompo loco.

No podíamos calcular si estábamos cerca o lejos de la base. Los copos de nieve bailaban ante nuestros ojos formando una densa cortina.

Bárbara y yo buscábamos con la vista algo que sirviera para orientarnos… o alguna grieta en el suelo que nos hiciera volcar.

El fuerte viento nos arrastraba sin cesar y hacía crujir todos los elementos del avión.

—Allí —dijo Jim, señalando un punto irreconocible entre el temporal.

Agudizando la vista pude ver como dos o tres sombras se movían entre la tormenta de nieve.

Poco a poco el avión iba deteniéndose.

¡¡¡CRAAAACKKK!!!

El crujido nos llegó desde el tren de aterrizaje, y el avión quedó inmovilizado definitivamente.

—Hemos debido chocar contra algo… —aclaró, innecesariamente, Jim—. Pero, sea lo que sea, nos ha frenado. Espero que aquí termine todo…

Mientras lo decía sonaron unos nuevos ruidos que nos hicieron estremecer. Un grueso cable cruzó ante nosotros y quedó tensado por delante del cristal del parabrisas.

Las tres «sombras» emergieron de entre la blancura y comenzaron a trabajar a toda velocidad.

Antes de que consiguiéramos abrir las puertas, el avión había quedado completamente inmovilizado.

Fui yo el primero en abrir la puerta.

¡¡¡¡SHHHHIIIIIIIIIIII!!!

Una violenta bofetada de viento me golpeó el rostro, mientras notaba como toda mi piel enrojecía súbitamente.

Cerré la puerta y me volví hacia mis compañeros.

—Poneros todas las cosas de abrigo que podáis encontrar.

Bárbara nos distribuyó con celeridad unos gruesos anoraks y unas botas de agua.

Un poco mejor pertrechado me atreví a abrir nuevamente la puerta.

El viento me golpeó con la misma intensidad, pero el frío no fue tan agudo.

Las tres sombras se habían acercado a nosotros y, desde el suelo, nos invitaban a saltar.

Normalmente, es fácil bajar del «Dakota»; en los aeropuertos hay escalerillas y, de no ser así, la distancia al suelo no es muy grande.

Sin embargo, en esta ocasión no era así. Pude comprobar que el suelo estaba muy lejos de mí.

Y el motivo era muy simple; estábamos en el borde de un corte en el hielo.

Alcé el puño, con el pulgar abierto, hacia las «sombras», que me respondieron imperiosamente con gestos de que saltara y me dejara de cumplidos.

Los tres bajamos en pocos segundos.

Casi antes de tocar el suelo, nos habían colocado en las botas unas de esas «raquetas de tenis» que sirven para caminar sobre el hielo y la nieve.

El viento nos impedía hablar, y nos obligaba a comunicarnos por señas.

Y las de ellos eran claras: seguidnos.

En vez de desplazarse hacia la estación nos obligaron a apiñamos bajo una de las alas del avión, junto a uno de sus aun calientes motores.

Y estuvimos allí casi dos horas.

La ventisca era impresionante; escasamente podíamos alcanzar a ver lo que sucedía media docena de metros ante nosotros.

Los seis permanecimos agrupados dándonos calor mutuamente.

Yo aproveché la proximidad de una de las tres «sombras» para gritarle al oído.

—¿No sería mejor caminar hacia la base o resguardarnos en el avión?

Me respondió con un gesto de la mano que podría traducirse como: «no digas tonterías».

Por fin, el vendaval pareció amainar.

Las tres «sombras» salieron de nuestro improvisado abrigo y, tras hacernos una seña de que permaneciéramos allí, se dedicaron a comprobar las cuerdas que sujetaban el avión.

Lo habían inmovilizado por el mismo sistema que se emplea para mantener erguida una tienda de campaña; cables metálicos atados a cuñas de hierro clavadas en el hielo, y que se equilibraban entre sí, inmovilizando perfectamente el avión.

Volvieron junto a nosotros, después de un concienzudo examen. El viento había amainado, y nos resultó posible hablar unas pocas frases.

—Tengo que agradeceros… —Comencé a gritar.

—Ya charlaremos luego —me interrumpió uno de nuestros salvadores—. ¿Tenéis algo que sea imprescindible, dentro del aparato?

—Todo. —Repliqué yo.

—De acuerdo. Ya volveremos otro día. Ahora seguidnos.

Y sin escuchar nuestras protestas comenzaron a caminar.

Tardamos unas tres horas en llegar a la base. Yo hubiera dicho que se hallaba a unos 20 kilómetros, pero luego me informaron que no estábamos más que a dos.

La Base Stark era una edificación hecha a base de planchas metálicas, en forma de cruz griega. Cada uno de sus brazos tenía una anchura de unos cinco metros y una longitud de siete. El espacio que había entre los brazos estaba completamente cubierto por la nieve.

Las «sombras» abrieron una de las puertas y nos invitaron a pasar al interior. La puerta era doble y cuando franqueamos la segunda nos encontramos en un ambiente de sofocante calor. Tres personas acudieron a recibirnos y, en pocos minutos, estábamos ante la tripulación completa de la base, que se componía de nueve personas, excepto el padre de Bárbara.

—Estáis locos… —nos dijo el profesor *Hooligan*, a modo de saludo. Y, luego, dirigiéndose a la chica, añadió—: Sólo a la hija de tu padre se le ocurriría una cosa semejante.

El profesor parecía una caricatura de Bugs Bunny: grandes dientes, delgadez de cuerpo, andar desangelado y unos lentes que hacían pensar si eran gafas o dobles ventanas.

Bárbara sonrió a la broma del profesor, pero pude notar que se trataba de una sonrisa de compromiso.

Antes de haber terminado de quitarnos la ropa, tres tazas de café humeaban ante nosotros.

—Necesito ver urgentemente a mi padre. Han surgido muchos problemas con sus negocios… se han detectado la presencia de «Tiburones de Wall Street»[2] en algunas de sus empresas…

El profesor *Hooligan* miró fijamente a la chica.

—Ya te hemos dicho que estaba en la Base Wouk. Si hubierais acudido allí ahora podrías estar con él. Pero de esta manera, es bastante difícil que consigáis despegar nuevamente… Estas ventiscas pueden durar todos los meses del invierno. Aquí las llamamos «Blizzard»…

Mientras Bárbara hablaba con el profesor, yo, que soy perro viejo en el mundo de las aventuras, examiné detenidamente la base.

Desde luego, era imposible que allí tuvieran a nadie escondido.

Si aquél era el lugar típico en el que pasaban más de diez meses los investigadores antárticos, los admiraba con toda mi capacidad; en aquel reducido espacio se almacenaban más cosas de las que cabrían en dos naves industriales de vendedores de artículos de segunda mano, y ninguna de ellas era lujo o comodidad: literas, instrumental científico, cajas de alimentos deshidratados, ropa, aparatos de comunicación, botiquines, maquinaria para generar electricidad, repuestos, libros… y un armero bastante bien surtido de fusiles con cartucheras y abundante munición.

Jim Tonic escuchaba atentamente a uno de los ocupantes de la base.

—Tenemos un par de almacenes alejados del edificio central. En cada uno de ellos guardamos un tercio de las provisiones, de los medicamentos, del combustible, unos repuestos de ropas…

—¿Qué podéis temer aquí: una ventisca, un terremoto…?

—No. Lo peor son los incendios.

—¿Aquí? ¿En el Polo Sur?

—Sí. Precisamente por estar aquí, donde la temperatura media es de cincuenta grados bajo cero. Si se provoca un incendio es imposible encontrar agua en estado líquido para apagarlo. Varias bases han sido devoradas por el fuego. El frío impide la formación de cualquier tipo de humedad. Aquí tenemos un clima más seco que en el desierto del Sáhara…

Jim Tonic palidecía conforme escuchaba al ocupante de la base.

—Nosotros —dijo mi socio con voz entrecortada—… tenemos que marcharnos pronto de aquí cuanto antes. Recogeremos al profesor Higgs y nos iremos antes de que llegue el invierno…

—El invierno ya ha llegado —dijo el interlocutor de Jim. Pero lo dijo en un tono lo suficientemente alto para que todos lo oyéramos. El silencio planeó durante unos instantes.

Yo interpreté aquello de una forma un tanto especial. Más o menos, nos estaba diciendo de que nos veríamos obligados a permanecer allí durante un buen puñado de meses.

Pero… ¿y el padre de Bárbara?

La chica debía de haberlo interpretado de la misma manera que yo puesto que, rápidamente, dijo:

—Supongo que podréis prestarnos un

«snow-cat»
para desplazarnos hasta la Base Wouk…

El profesor *Hooligan* negó con la cabeza.

—Lo siento Bárbara: uno se lo llevó tu padre, otro parece que está averiado… Sólo nos queda uno.

Bárbara volvió a sacar a pasear sus dotes de mando. Su mirada se congeló como si la hubiera dejado en el exterior y acabara de entrar.

—Murphy, conéctame por radio con la Base Wouk. Pyle, coge a dos más y pon a punto el
«snow-cat»
que no funciona…

Todos miraron a *Hooligan* antes de moverse.

… y tú *Hooligan*, puedes ir rezando para que no me enfade. Si lo hago, la Fundación no verá ni un solo dólar desde este momento y las salidas al exterior tendréis que realizarlas en triciclo.

El profesor *Hooligan* asintió con la cabeza, pero había dejado de ser la caricatura de Bugs Bunny para transformarse en una fiel reproducción del Conde Drácula.

Minutos después, Bárbara hablaba con su padre.

Observé cómo, conforme charlaba con el viejo Brian Higgs, la chica se iba tranquilizando. No hablaron de nada importante. Bárbara le anunció que iría en su búsqueda ya que su presencia era necesaria en New York. El viejo dudó, pareció estar conforme para, a continuación, afirmar que no le satisfacía en absoluto la idea y que no pensaba seguir los consejos de su hija.

—Lo siento, papá. Pero creo que no se trata de una discusión adecuada para mantenerla por medio de la radio y ante tantos testigos. Hoy pasaremos la noche aquí y mañana, a primera hora, saldremos a reunimos contigo. Mañana hablaremos. Cambio y cierro.

La chica sabía manejar este tipo de situaciones. No hizo falta que dijera nada más. *Hooligan* ordenó los preparativos para que pasásemos la noche allí.

Cenamos con ellos, sin decir ni un palabra, y después, Murphy nos acompañó hasta unos almacenes, donde nos habían colocado unos sacos de dormir y una estufa de gas.

La chica, nada más cerrar la puerta, la aseguró con una barra de

hierro.

—No quiero que esta noche nos den una sorpresa desagradable… —dijo, guiñándome un ojo, mientras se introducía en su saco.

Nos hallábamos agotados. Bárbara se quedó dormida nada más cerrar la cremallera. Jim a duras penas acertó a apagar su cigarrillo antes de caer en un sueño profundo. Yo también tenía sueño, mucho sueño. Aunque la luz estaba encendida, no tenía ganas de salir de mi saco y apagarla, se estaba tan cómodo, tan caliente, tan protegido del viento que rugía en el exterior. La estufa caldeaba la habitación y…

¡¡¡La estufa!!!

Si nos quedábamos dormidos, el óxido de carbono que se desprendía de la combustión acabaría con el oxígeno de nuestro improvisado y pequeño dormitorio. ¡Tenía que apagarla!

Intenté levantarme y acercarme a ella.

Mis piernas tardaban en reaccionar. Mis manos parecían tener vida propia y negarse a descorrer la cremallera del saco. Y el sueño me estaba venciendo.

Tardé unos preciosos minutos en llegar a la estufa. La llama era amarillenta, señal clara de que ya estaba produciéndose óxido de carbono…

La apagué con un esfuerzo sobrehumano.

Pero no era bastante, tenía que ventilar el cuarto de dormir.

Me arrastré por el suelo hasta la puerta. Pese a que las planchas metálicas que formaban la estructura del almacén estaban forradas de madera contrachapada por la parte interior, la frialdad del suelo, me hizo espabilarme.

Pero los cinco metros que me separaban de la puerta, me parecieron interminables. Mucho más que los pocos kilómetros que había entre nuestro avión y la base, y que habíamos recorrido aquel mismo día.

No sé el tiempo que empleé en llegar hasta la puerta.

Tampoco sé el que utilicé en incorporarme, quitar la barra de hierro y abrir nuestra habitación al exterior.

Pero cuando el viento y el frío me golpearon el rostro, me sentí mucho mejor.

Mantuve la puerta abierta un par de minutos, mientras oía el

crujido de los elementos que había en el interior del almacén, que denotaban el brusco cambio de temperatura.

Cerré la puerta, la atranqué y me acerqué a mis compañeros. Ambos respiraban y mantenían un pulso normal.

Pero los dos estaban profundamente dormidos y ni siquiera se habían agitado durante el tiempo que yo había mantenido abierta la puerta.

El sueño casi me venció antes de llegar al saco.

No. Aquello no era obra del óxido de carbono.

¡En la cena nos habían dado somníferos!

Mañana, les iba a decir que eran unos…

CAPÍTULO IV

Nada más despertarme, hice lo propio con mis compañeros y les expliqué lo que había sucedido la noche anterior.

Jim Tonic, y esto no me sorprendía lo más mínimo, era partidario de ir al cuerpo central de las estación, y desmontárselo a patadas.

Bárbara no dijo nada, se limitó a escuchar atentamente mis explicaciones y, después, procedió calmar a Jim.

—En estos momentos, lo más importante es salvar la vida de mi padre. Una vez que estemos los cuatro juntos, ya veremos la manera de ajustar las cuentas a estos forajidos.

El día era exactamente igual que cuando nos habíamos acostado, la misma luz, el mismo frío, viento helado, nieve por doquier…

Entramos en la Base Stark, como quien ha pasado una noche maravillosa en un hotel de lujo.

—¡Hummm! —exclamó Jim—. Si mi olfato no me traiciona hay salchichas fritas, huevos revueltos con jamón, pancakes con mermelada, café…

Los componentes de la base nos observaban como si fuéramos unos resucitados. Conté los cubiertos situados en la mesa y vi que nadie se había acordado de nosotros. ¡Debían de estar muy seguros de que no íbamos a desayunar! Decidí comerles la moral.

—Son extraordinarias esas estufas. Nos han dado mucho calor esta noche. Creo que debíais prestarnos una para que la llevásemos en el

«snow-cat»

¡Y cuando regrese a New York, compraré una de la misma marca para mi apartamento!

Jim y Bárbara procuraban que no se les escapasen las

carcajadas, al ver la cara que ponía el personal de la Base Stark.

—Además, consumen muy poco oxígeno. Yo me quedé leyendo un rato, porque no tenía sueño, y en ningún momento se puso amarilla la llama. Me terminé el libro y si no hubiera sido por los ronquidos de Jim, me hubiera quedado dormido al momento, pero me mantuvo despierto hasta casi las cuatro de la madrugada.

—Eso es que no estabas lo bastante cansado… —dijo Jim—. Será que necesitas más trabajo. Ya te dejaremos que empujes el «snow-cat» cuando se estropee…

Bárbara y yo reímos la broma. Los «gangsters» de la Base Stark palidecieron y se concentraron en sus tazones de café.

Terminamos nuestros desayunos y nos levantamos de la mesa con aire laborioso.

—Ahora, si nos explicáis dónde está el «snow-cat»…

Pyle nos llevó hasta él. Los dos se hallaban próximos a la estación, en uno de los barracones auxiliares.

—Si ustedes no saben lo que es un «snow-cat» se lo explicaré. Su nombre quiere decir «gato de nieve», y es lo más parecido a una caja de zapatos instalada sobre dos correas metálicas, como las que mueven a los tanques. La zona habitable del vehículo carece de comodidades, pero es espaciosa, y permite llevar una buena cantidad de carga: víveres, equipos de supervivencia, unas hamacas que se cuelgan del techo… Son auténticos vehículos autosuficientes.

Mientras Jim repasaba el motor con Pyle preguntándole qué era lo que pasaba y cómo lo habían arreglado, Bárbara me hizo señas de que le ayudara a tomar las cajas de provisiones y llevarlas al otro vehículo.

En media docena de viajes hicimos el traslado.

—Creo que funcionará —le dijo Jim a Pyle, limpiándose la grasa de las manos con unos trapos que había en el suelo—. Así que no habrá ningún problema en que os dejemos éste y nos llevemos el otro.

Había que ver la cara que puso el mecánico de la base.

—Pero… pero… ¿por qué? Tendréis que perder mucho tiempo

en trasladar las cajas …

—No. Mientras repasábamos el motor, mis compañeros habrán cambiado los víveres del vehículo.

Bárbara asintió con la cabeza. Pyle no sabía qué decir para impedir que nos llevásemos el otro vehículo. Era una señal de que nos habían preparado alguna trampa.

—Es que… Aquel… hace tiempo que no lo utilizamos… puede ser que esté en peores condiciones que el que hemos reparado…

Jim le propinó una palmada en el hombro que, en otras condiciones podría haber desencadenado una pelea.

—Nos gusta ayudar al prójimo —dijo como explicación—. Nosotros sólo somos tres. Si falla el motor es más fácil que nos lleve a nosotros que a todos los componentes de la base.

Mientras decía esto, se encaramaba al interior de la caja, seguido por Bárbara y por mí.

Y unos instantes después salíamos por la puerta del hangar, rumbo a la tormenta de nieve.

Dentro del
«snow-cat»
había unos trajes térmicos. Son bastante parecidos a los que utilizan los buzos pero llevan un pequeño generador a pilas, que «calienta» el interior del vestido y permite a su ocupante pasar unas horas en el exterior, sin quedar congelado.

Jim, que parecía saber todo sobre todo tipo de motores, nos guió hasta las proximidades del avión, detuvo el aparato, se colocó uno de los vestidos y descendió a comprobar si se hallaba bien amarrado.

Cuando volvió nos sonrió tranquilizadoramente.

—Lo han hecho a conciencia; debieron pensar que ésta era la herencia de Bárbara.

La chica sonrió a la broma sin prestarle atención. Estaba concentrada en un pequeño mapa que estudiaba con toda su atención.

—No será fácil llegar hasta la Base Wouk —dijo sin levantar la vista del papel—. Estos mapas no sirven para nada, ya que la superficie del hielo cambia constantemente. Aquí no podemos descubrir dónde hay una grieta, dónde un precipicio o si nos encontramos en una larga llanura… Tendremos que guiarnos por la

vista.

La vista era, precisamente, lo único por lo que no nos podíamos guiar. Ante nosotros el vendaval de nieve y viento estaba en todo su apogeo. El mejor fabricante de efectos especiales de Hollywood, no hubiera podido conseguir algo tan terrorífico como aquello.

Jim puso el motor en marcha y nos indicó que nos acercásemos.

—Quiero explicaros cómo funciona este chisme, por si es necesario que alguno de vosotros lo llevéis…

—¿Dónde aprendiste a conducirlo? —pregunté sorprendido—. No sabía que nunca hubieras estado en la nieve.

—Y no he estado. Pero, en cambio, he llevado un carro acorazado por las dunas del desierto del Sáhara, y es bastante parecido.

Fue una lección breve. Nos explicó cómo ir para delante, para atrás, y cómo girar. El freno y el acelerador. Eso fue todo.

Comenzó a canturrear una vieja canción «*country*» que hablaba de vastas llanuras, y miles de cabezas de ganado. Bárbara y yo íbamos a su lado, con las narices pegadas a la ventanilla delantera luchando por ver algo.

Era un intento inútil. Por si no fuera bastante el temporal que nos rodeaba, la diferencia de las temperaturas entre el
«snow-cat»
y el exterior, empañaba los cristales más rápido de lo que nosotros podíamos limpiarlos.

Era imposible ver por dónde caminábamos.

Cada vez que el vehículo se inclinaba a uno u otro costado, los tres conteníamos la respiración incapaces de averiguar si estábamos en un ligero desnivel o una de las correas metálicas estaba girando en el vacío, al borde del precipicio.

Fueron cinco horas angustiosas.

Bárbara se preocupaba de controlar nuestra ruta y hacer los cálculos necesarios para averiguar si avanzábamos en la dirección correcta. Varias veces preparó café que nos sirvió a Jim y a mí que nos turnábamos en la conducción del vehículo en períodos de una hora.

Me senté a los mandos para un nuevo turno. A pesar de que el frío se hacía sentir en el interior del
«snow-cat»

yo estaba sudando a los cinco minutos.

Realizar aquel viaje era una locura. En el improbable caso de que llegásemos a donde se hallaba la Base Wouk podríamos pasar a diez metros de ella sin verlos ni oírlos. Y al revés.

El pequeño equipo de radio que llevábamos en el vehículo, nos servía más allá de diez kilómetros, pero con las presentes condiciones climatológicas, su radio de acción quedaba reducido a una quinta parte. Sólo podíamos hablar con Base Stark, y la proximidad del Polo Sur y su campo electromagnético, hacía que las bandas de radio estuvieran llenas de ruidos e interferencias. La comunicación se había hecho cada vez más dificultosa hasta que, varias horas antes, habíamos perdido completamente el contacto con ellos.

Nos hallábamos solos en aquel desierto de nieve. Todos permanecíamos callados, intentando oír alguna señal por radio, que nos informara de la proximidad de alguna estación.

Fue entonces en medio de aquel silencio, cuando oímos:

¡TAFT, TAFT, TAAAAFT… TAAAFT… TAAAAFFFT… CLOCK!

Y el motor se detuvo.

Nadie dijo nada, aunque los tres nos miramos con miedo.

Lo que tanto habíamos temido, se había producido.

Me pareció que Jim estaba asustado, así que decidí que era el momento de dar a mis compañeros una ración de moral.

—Siempre pasa igual con estos coches de alquiler… ¡A la primera de cambio se estropean!

Me dirigí a la trasera y tomé tres trajes térmicos.

—Venga. Nos va a tocar caminar un rato.

Silenciosamente nos embutimos en los trajes, cargamos la pequeña bolsa dorsal con raciones de comidas y de pilas, abrimos la puerta y bajamos al suelo.

Nunca he sentido la tentación del suicidio y si alguna vez tengo que describirla en una novela, me acordaré de este momento para dar un mayor realismo.

Cada paso que daba era consciente de que acercaba a la muerte, de que caminaba en el interior de ella, penetrando más y más en su negro corazón.

Algo dentro de mí, me decía que lo más sensato era quedarse en el

«snow-cat»
y esperar que alguien viniera a rescatarnos.

Pero eso era imposible, estábamos demasiado lejos de la Base Wouk y nada bueno podíamos esperar del profesor *Hooligan* y sus secuaces. ¡Quedarse también hubiera sido un suicidio, a «cámara lenta»!

Noté que Jim me tomaba del brazo y colocaba algo en mi mano.

Era un enganche asido una cuerda que Jim amarró a una argolla situada en el lateral del cinturón de mi vestido.

Esto nos iba a permitir caminar sin perdernos.

El viento levantaba remolinos de nieve que se interponían entre nosotros y, en ocasiones, nos impedían ver nuestras propias manos.

Yo era el primero de la cordada, así que era a mí a quien correspondía la iniciativa.

En aquellos momentos, me situé mentalmente en el desierto. Recordé que lo importante era llevar el paso firme y regular, que tenía que ser consciente de que la pierna derecha es más fuerte que la izquierda y que, en largos recorridos, eso puede significar que se marche describiendo un amplio círculo.

Pero no tuve tiempo de recordar más cosas. Un lejano murmullo llegó hasta mis oídos.

Me detuve en seco e hice una señal a mis compañeros de que no hicieran ruido.

Me pareció volver a oírlo. ¿Sería un espejismo auditivo? ¿Existían tales cosas?

Sólo había una forma de saberlo: abrí la cremallera de la capucha y expuse mi oreja derecha al riesgo de la congelación.

Me dolió como si alguien me colocara un hierro al rojo vivo.

Pero el ruido de un motor llegó nítidamente hasta mí.

Me tapé la oreja y busqué con la vista.

A lo lejos, a nuestra derecha, me pareció ver una sombra que se balanceaba en lo alto de una loma de hielo, una sombra de un
«snow-cat».

Varias pequeñas sombras se movían a su alrededor.

Desesperadamente, busqué la pistola lanza-bengalas en el bolsillo del pantalón y la utilicé.

La llamarada verde y naranja de la bengala atrajo la atención de las sombras que se movían hacia nosotros.

¡Estábamos salvados! O eso creíamos.
¡Ya que, entonces, abrieron fuego sobre nosotros!

CAPÍTULO V

Las balas cayeron cerca de mí, de una manera que me pareció irreal. No las oía, no veía la llamarada del disparo, ni el humo del fusil.

Sólo podía sentir unas pequeñas salpicaduras en la nieve, cada vez más cerca de mis pies.

No teníamos salvación.

Podrían acabar con nosotros en unos minutos.

La única vía de escape era huir. Pero si caminar, entre mil precauciones, con destino a la Base Wouk era un suicidio… ¿qué se podría decir de una huida frenética y descontrolada?

Precisamente fue eso lo que hicimos.

Un fuerte tirón de mi cinturón, me dejó sin poder respirar, y acabó con todas mis posibles intenciones de hacer frente a los hombres de *Hooligan*.

Después, fueron mil empujones más, en todas direcciones.

Me imaginaba que avanzábamos como los «Three Stooges»[3], en una tremenda confusión de golpes y tropezones.

Cuando no era yo quien resbalaba lo hacían Bárbara o Jim, arrastrándonos unos a otros en las caídas. Nuestras piernas tropezaban, los brazos se nos trababan, los bruscos tirones de las cuerdas, nos hacían desequilibrarnos y volver a caer. Verdaderamente, éramos tres payasos en la nieve.

Caímos por una ladera helada y rodamos en revuelta confusión, golpeándonos sin cesar.

Cuando nos detuvimos los tres estábamos magullados y doloridos.

El viento seguía soplando y levantando copos de nieve, en torno a nosotros.

Antes de que nos levantáramos y continuáramos nuestra peculiar carrera de obstáculos, me incorporé y les obligué a seguir sentados poniendo mis manos en sus hombros y rogándoles un poco de calma.

Era imposible ver nuestro «snow-cat», ni el de nuestros enemigos. Tampoco alcanzábamos a localizar a la patrulla que nos había disparado.

Estábamos completamente perdidos.

Y esa sensación que antes me había horrorizado, ahora me tranquilizaba, al pensar que tampoco ellos eran capaces de localizarnos.

Acerqué las cabezas de Bárbara y Jim a la mía y les indiqué que se desprendieran unos momentos de sus capuchas.

Esto es otra de las cosas que pueden ser clasificadas de suicidio. Toda la piel de mi rostro sufrió una brusca congelación.

No podíamos desperdiciar ni un solo segundo.

—¡Atención! —les grité al oído para hacerme oír en medio del temporal—. Vamos a atarnos por medio de unas cuerdas largas. Yo me colocaré en medio. Si doy un tirón de las cuerdas es para indicar «Inmovilidad total», si son dos los tirones significará: «Acercaros a mí». Y si doy tres «Avanzad hacia el frente». ¿Comprendido?

Mis dos compañeros asintieron con la cabeza. Mientras volvíamos a protegernos con las capuchas, Jim procedió a colocarnos unas nuevas cuerdas, de diez metros de longitud.

Yo tenía muy claro que, en aquellas condiciones, sólo había una posibilidad entre mil de sobrevivir.

Y ésa era la de contraatacar.

¿Cómo iban a pensar los secuaces de *Hooligan* que éramos capaces de preparar algo contra ellos?

Ésta era una pregunta que me confortaba. Pero había otra que me desasosegaba.

¿Cómo íbamos a plantarles cara? ¿Con qué medios? ¿Sirven las bolas de nieve contra los rifles de mira telescópica y visor de rayos infrarrojos? ¿Estábamos volviéndonos locos?

Lo primero que necesitábamos era saber dónde se hallaban ellos, y dónde tenían su «snow-cat».

En medio del temporal era imposible que lográramos escuchar ninguno de los sonidos que hicieran. Tampoco podíamos confiar en verlos, ya que la visibilidad era imposible a más de un metro. Sólo podíamos rezar.

Confié… que Bárbara lo estuviera haciendo ya que ni Jim, ni yo, éramos las personas más adecuadas.

Y, como una aparición milagrosa, vi a unas siluetas recortándose sobre el perfil de una de las heladas lomas que nos rodeaban.

Estiré de mis compañeros olvidándome del código de señales que habíamos acordado, y obligándoles a seguirme por el sencillo método de arrastrarlos a través de la nieve.

¡No podía permitirme el lujo de perder a los secuaces de *Hooligan*! Yo pensaba que, en pleno siglo XX, no existían los milagros, y para uno que me sucedía a mí, no iba a confiar en que se repitiera.

Los volví a ver, mucho más cerca de nosotros. A unos quince metros de distancia.

Eran tres tipos que me pareció nos daban la espalda mientras miraban en todas direcciones afanosamente.

Uno de ellos arrastraba un pesado equipo con el que iba rastreando la zona. Debía de tratarse de un sensor térmico, un radar, o alguna de esas maravillas de sofisticada tecnología, que usan la gente que tiene dinero ajeno para gastar.

Arrastré a Jim y a Bárbara ante mí, y les señalé nuestra presa.

Jim se quitó la capucha y me miró con sorna.

—¿Qué quieres hacer? ¿Les vas a asustar tirándoles bolas de nieve?

Sí. Aquél era el gran tema de nuestro drama. ¿Cómo enfrentarse a aquellos asesinos?

Me devané los sesos mientras caminábamos tras ellos, sin perderlos de vista.

El terreno estaba volviéndose más y más recortado. Las llanuras acababan en seco, en grandes precipicios formados por el resquebrajamiento de los hielos. Todo aquel escenario parecía un laberinto creado por un loco: sinuosos desfiladeros, abruptos farallones, pendientes acusadas, grietas…

El que llevaba los artilugios mecánicos, hizo detener un momento a sus compañeros y sacó un nuevo aparato de su mochila

ventral. Parecía un *walkie-talkie*.

Le gritó al micrófono varias veces, y a otras tantas se pegó el altavoz al oído.

Por fin, bajó la antena y se colgó el equipo al hombro.

Después hizo un gráfico gesto a sus compañeros que podría traducirse por «apaga y vámonos», y comenzó a guardar todo su arsenal tecnológico.

Uno de ellos dio un último vistazo en rededor suyo.

Yo obligué a mis compañeros a tumbarse sobre el hielo.

Permanecimos en aquella incómoda posición durante unos interminables minutos.

Unos instantes en los que Bárbara no dejaba de tirar con fuerza de la cuerda, intentando atraer mi atención.

¡Condenada bruja! ¿Es qué no se daba cuenta de que si les perdía de vista un solo segundo, quizás no volveríamos a localizarlos jamás?

Cuando comenzaron a caminar y yo estuve seguro de que no iban a girarse a dar un vistazo a sus espaldas, yo di un tirón de la cuerda, confiando en que mis compañeros me seguirían, y me lancé hacia adelante.

No tuve suerte. No conseguí moverme más que un par de centímetros. Bárbara me lo impedía. Debía de estar molesta por mi anterior falta de atención.

Me giré en seco, dispuesto a darle, solamente por señas, la bronca más dura de la historia…

Pero no pude.

Bárbara no estaba allí.

Lo único que se veía de ella eran media docena de palmos de la cuerda que la unía a mí. El resto se perdía por el borde de un precipicio.

¡Habíamos estado al borde de la muerte y no nos habíamos dado cuenta!

Rápidamente me dejé caer al suelo y repté hasta el borde.

Jim Tonic apareció junto a mí.

Bárbara estaba colgando a más de veinte metros del suelo, bamboleándose como el plomo de la caña del pescador.

Tanto Jim como yo clavamos las botas firmemente en el hielo, para afianzarnos y comenzamos a jalar la cuerda.

En un par de minutos la chica estaba junto a nosotros.

Se me abrazó apasionadamente, aunque yo hubiese preferido que guardara sus muestras de júbilo para cuando llevásemos puesta menos ropa.

O para cuando tuviéramos menos prisa.

Me giré y busqué algún rastro de los secuaces de *Hooligan*.

Nada. La nieve se los había tragado.

Ya sé que ésta es una expresión metafórica, pero a mí me atrajo otra imagen al cerebro.

Un alud.

Uno de aquellos gigantescos y grandiosos aludes de nieve que, en las películas se precipitaban sobre los malos, cubriéndolos completamente.

Claro. Si el alud cae sobre los buenos, siempre queda fuera alguna mano, para que no se acabe la película.

¡Un alud!

Aquélla podía ser la solución. Si provocáramos un derrumbe de nieve sobre la «patrulla de caza», habríamos ganado la partida.

Justo ahora que no los tenía delante, acababa de dar con la forma de terminar con ellos.

Maldije mil veces mi mala suerte, mientras los buscaba angustiosamente con la mirada.

Y volví a verlos.

Ya les he dicho que no creo en los milagros pero, a este paso, terminaré mis días como prestigioso curandero con «teléfono directo» con todo el Santoral.

Allí estaban, caminando afanosamente sobre la nieve, dispuestos a cruzar bajo la impresionante formación de hielo, parecida a esas olas curvas que se ven en los reportajes de surf, y que se rompen formando un pasillo en su interior.

¡Era mi oportunidad!

Pero… ¿cómo hacerlo?

Desde luego aquél era mi día de suerte. Jim se levantó unos instantes la capucha para decirme algo. De sus labios salió una penetrante nube de vaho, que me recordó el apestoso humo de sus cigarrillos.

Rápidamente me llevé los dedos índice y corazón a los labios, como si estuviera pidiendo un cigarrillo.

Pensé que Jim me mandaría a la porra, pero no.

Aquél era su truco favorito[4], así que lo interpretó como una broma de humor negro, como la última y típica petición de un condenado a una muerte segura.

Con la lentitud propia de quien lleva tantas prendas encima, rebuscó hasta encontrar su paquete de cigarrillos y su mechero de usar y tirar, y me lo tendió.

Mientras tanto, yo había rebuscado una bolsa de plástico.

Presioné el mechero, para que se encendiera, quité una de las cuerdas de mi anorak y la prendí como si se tratara de una mecha.

Después, apagué la llama, con un soplido, dejando abierta la espita, y lo cerré en la bolsa de plástico, que até con la «mecha» encendida.

Aquello era una especie de «coctel molotow» con casi ninguna posibilidad de funcionar.

La bolsa iba hinchándose por el volumen de gas liberado.

Rápidamente me solté de las cuerdas que me unían a mis compañeros y corrí hacia los secuaces de *Hooligan*.

No me vieron acercar.

Yo estaba maravillado de que aquella mecha no se hubiera apagado con la carrera y de que a la llama sólo le faltaran unos milímetros para entrar en contacto con la rolliza bolsa.

Ellos estaban cruzando bajo el arco de hielo.

Hice puntería, y lancé la «bomba».

Describió un precioso arco y cayó entre los dos que marchaban a la cabeza.

Capítulo VI

El que iba cargado con el *walkie-talkie,* se volvió sorprendido.

El aparato se descolgó del hombro y rodó unos metros por una pendiente.

Antes de que pudieran reaccionar se produjo la explosión.

Fue una maravilla.

Yo la vi, fascinado, como si se tratara de una película a cámara lenta.

Primero se oyeron unos crujidos y cayeron flotando, como motas de polvo, algunos copos de nieve.

Los «malos» miraron hacia arriba.

La cresta de la ola de hielo se tambaleó.

Ellos pusieron cara de terror.

Unos puñados de nieve les cayeron encima.

Intentaron correr, con gestos aterrorizados y rostros desencajados.

Un gran crujido precedió al derrumbe de la cresta.

Quedaron envueltos en un torbellino de nieve, mientras miles de «cubitos de hielo», de todas formas y tamaños, caían sobre ellos, fabricándoles una tumba eterna.

Era imposible que hubieran sobrevivido.

Así que me levanté y mientras pensaba que allí, en la helada inmensidad de la Antártida, sí que iban a poder descansar en paz por los siglos de los siglos.

Jim y Bárbara no tardaron mucho en unirse a mí.

Curiosamente ninguno de los tres mostrábamos un rostro preocupado. Jim, en un gesto que nunca hubiera podido imaginar, se descubrió la cabeza unos segundos, miró al cielo, señaló el punto donde estaban sepultados nuestros tres enemigos, y comenzó a

gritar como un poseído:

—¡Señooor! Aquí te entregamos las almas de estos tres desalmados. Tres hombres de corazón negro, que, seguramente, llevan más de una muerte sobre sus conciencias. También estoy segura de que eran avariciosos, de que mentían, de que se emborrachaban, peleaban e iban con malas mujeres… ¡En fin, señor! ¡Apáñatelas con ellos! Si eres misericordioso y les perdonas… mejor para ellos. Si no es así, y los envías al fuego eterno, no podremos reprocharte nada, porque ya te hemos dicho la clase de gentuza que eran ¡Amén!

Aquélla era la plegaria funeraria más extraña que he oído en mi vida. Más que una recomendación parecía un «chivatazo».

Rápidamente, Jim se cubrió con la capucha y se volvió hacia mí, con gesto de decirme: «Tú mandas. ¿Qué hacemos ahora?».

No contesté nada porque no sabía qué contestar. Estábamos abandonados en medio del hielo.

Pretender alcanzar la Base Wouk era una locura y un suicidio.

Y todos los suicidas tienen el derecho de elegir la forma de quitarse de en medio. Ya estaba a punto de lanzar una moneda al aire para disolver el dilema, cuando…

PIT, PIT, PIT… PIT, PIT, PIT… PIT, PIT, PIT…

Pensé que era una alucinación. Si los desiertos de arena provocaban espejismos visuales… ¿Por qué los desiertos de hielo no van a fabricar espejismos auditivos?

Además… ¿quién podía tocar el timbre en medio de la Antártida?

PIT, PIT, PIT… PIT, PIT, PIT… PIT, PIT, PIT…

Era como el penetrante pitido de un reloj digital de cuarzo, de esos que algunos imbéciles hacen sonar en la oscuridad del cine. Sólo que éste era más lejano, menos nítido.

Mis dos compañeros se giraron hacia mí. A pesar de sus rostros cubiertos, intuí que me miraban con extrañeza.

Ellos también lo estaban oyendo. Entonces…

¡No podía ser una broma de mi cerebro!

Fue como si una corriente telepática nos recorriera a todos nosotros. Bárbara y Jim se acercaron a mí, y ataron sus cuerdas en mi cinturón. Después, sin intercambiar una sola palabra, comenzamos a rastrear la zona en búsqueda del sonido.

Mi corazón dio un brinco, cuando recordé el *walkie-talkie* que había saltado del hombro de uno de nuestros enemigos.

¡Era eso!

Desde el
«snow-cat»
debían de estar intentando ponerse en contacto con la patrulla de a pie.

Rápidamente, el plan fue fraguándose en mi mente. Teníamos que hacernos como fuera con el
«snow-cat»
de los hombres de la Base Stark. Dentro de él podríamos continuar nuestra ruta en búsqueda del padre de Bárbara.

Hice unos gestos imperiosos a mis compañeros para que buscaran con más brío. Los dos rastreaban la zona frenéticamente, pues comprendían que yo había averiguado lo que buscábamos y que, fuera lo que fuera, era importante.

Fui yo quien lo encontré.

Me lancé sobre él como un explorador perdido en el desierto que se abalanza sobre un charco de agua.

Me arrodillé y lo tomé entre mis manos, con veneración.

Oprimí el botón de comunicación, sin saber lo que iba a decir, ni cómo iba a explicar que no estaban los tres hombres de la base, ni…

¡¡¡CLICK!!!

—Por fin os… SHRRRIIIICCCKKK… ¿ha ocurrido? ¿Habéis…? CRACKKK…

La comunicación era defectuosa. Posiblemente, la proximidad al magnético Polo Sur dificultaba la transmisión de las ondas de unos aparatos tan simples como aquéllos.

Descorrí un poco la cremallera que cerraba el anorak sobre mi boca, y comencé a hablar, intentando engolar la voz.

—Se nos había caído el aparato en una grieta, hemos tenido que organizar una operación de escalada de alta montaña, para conseguir recuperarlo —respondí con temor a que me reconocieran mi voz.

—¿Mark? ¿Mark?… SHRIIICCKKK… ¿eres tú? Se oye muy… SHRICCCCKKKK…

Me habían confundido. Pero, al menos, ya sabía que si decía que era Mark, podría achacar a las dificultades del equipo la voz algo

cambiada.

—Sí. Soy Mark. Nosotros también os oímos muy mal.

—... ¿demonios pasa? ¿Eres Mark?

—Sí, sí, sí, sí.

—¿Dónde están los… SHRICCCKKK… ésos?

Por el tono que empleaba, deduje que «ésos» éramos nosotros.

—Los hemos perdido —repliqué.

—Pues volved rápi… SHRRIIICCCKKKK… anuncian empeoramiento atmosférico.

—Estamos un poco despistados. Creo que nos hemos perdido.

—Dejad abierta la línea de comuni… SHRICCKKK… por el marcador de volumen de sonido… SHRICCKKK… saber si os acercáis u os alejáis. Pero venid a toda velo… SHRICCKKK.

—De acuerdo. Allá vamos.

Hice un gesto a mis compañeros de que me siguieran, mientras escrutaba el marcador del *walkie-talkie*, del que salía un pitido permanente.

La pesada zarpa de Jim cayó sobre mi hombro, inmovilizándome en mi avance.

Me volví y vi como Jim se estaba quitando la capucha. Quería hablar.

Le imité.

—¿Dónde te crees que vamos, muchacho? —me preguntó con sorna—. ¡Acaso has pensado que podemos llegar al
«snow-cat»
y decirles: «No somos ellos, somos nosotros, pero supongo que no os importará»!

Tenía razón Jim. No podíamos llegar allí, desarmarles y apoderarnos del vehículo.

—Sí, más vale que tengamos algo preparado para cuando lleguemos allí. Tenemos un buen trecho de camino para exprimirnos la mollera. Ya se nos ocurrirá algo. Pero, lo primero, es acercarnos. De otra forma no nos valdrá para nada el mejor plan del mundo.

Jim se subió la cremallera del anorak, pero no pudo evitar que viera su irónica sonrisa. Había adivinado que yo estaba moviéndome de puro nerviosismo, que nos hallábamos tan cerca de la muerte que prefería esconderme detrás de la actividad impulsiva,

antes de pararme a reflexionar.

Comenzamos a caminar. Yo era el que marcaba el rumbo, guiándome por el marcador del «*walkie-talkie*». Ellos me seguían obedientes, sin protestar por el paso vivo que yo imprimía a nuestra marcha.

A los quince minutos, aquel endiablado aparato parecía seguir en el mismo punto. Era como si estuviéramos dibujando un arco en torno al
«snow-cat».

Decidí cortar por lo sano y cambiar de ruta. Hice un giro de noventa grados.

En cinco minutos pude comprobar que el sonido disminuía de intensidad.

Otro giro de ciento ochenta grados, cinco minutos más y el marcador señaló el punto que indicaba antes del primer giro. Ahora teníamos que continuar en línea recta.

Más tranquilizado, pude comprobar que el tiempo estaba empeorando. El viento había adquirido una velocidad de Fórmula 1 y nos empujaba con la misma fuerza que un autobús. La nieve, agitada por el aire, se arremolinaba alrededor nuestro dificultando la visibilidad.

Parecía imposible que el tiempo hubiera podido empeorar aún más.

Pero lo había hecho. Y todavía se volvería peor.

—PIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIII… PIT… PIT… PIT.

El pitido que nos guiaba, se volvió intermitente.

¡CLIK!

—¿Qué sucede? —pregunté.

—¿Nos habéis localizado? *Hooligan* dice que se prepara una buena tempestad, que hemos de volver a la base… ¡Daros prisa!

Nos debíamos de haber acercado bastante porque ahora casi no se notaban las interferencias.

—Creo que estamos cerca… Sigue el pitido e interrúmpelo cada cinco minutos, por si tenemos que hablar con vosotros.

—De acuerdo. ¡Ánimo! PIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIII…

Indiqué a Bárbara y a Jim que aceleraran el paso. Todavía estuvimos caminando durante media hora. Cada cinco minutos conectábamos con el vehículo. Y cada cinco minutos la voz de

nuestro enemigo, nos apremiaba a ir más rápido.

Fue Jim el primero que los vio. Llamó mi atención con un desconsiderado tirón de cuerda que casi me parte en dos, y cuando me volví hacia él, me señaló un punto en el vacío.

No vi nada, así que me acerqué a donde él estaba, y observé en la dirección que él señalaba.

Allí estaba el
«snow-cat».
Aunque parezca increíble, estaba tan sólo a diez metros de nosotros. Era grande como un camión pero, en medio del temporal, a duras penas conseguíamos divisar su contorno entero.

Jim señaló otro punto y antes de que pudiéramos verlo, nos empujó al suelo y con sus manos nos agachó la cabeza hasta el suelo.

Se quitó la cremallera del anorak y nos habló al oído.

—Hay un tipo fuera del vehículo. Con un fusil.

—¿Qué es lo que has pensado en este rato? —me preguntó con ironía.

Bárbara clavó sus ojos en mí, confiando en mi respuesta salvadora.

Yo, está muy claro, no había vuelto a acordarme del asunto.

—Creo que… lo mejor sería… Pero, no… no daría resultado.

Nunca me he distinguido por mi capacidad de deducción. No serviría para ser un Maigret, Poirot, Ellery Queen, o alguno de esos detectives de novelas.

Pero si a alguien tiene que ocurrírsele una idea imposible, descabellada, sin pies ni cabeza… ¡Ahí está Indiana James!

—Creo que ya lo sé. —Jim puso cara de sorpresa al ver la excitación con la que comenzaba a hablar—. Dejadme hacer y obedecedme sin rechistar. Cuando se meta dentro del
«snow-cat»
el tipo que está de guardia, corred a la trasera y ataros al primer saliente que encontréis.

Sabía que sólo faltaba un minuto para la próxima conexión. Así que me alejé unos metros y esperé pacientemente.

PIIIIIIIIIIIIII… PIT… PIT… PIT…

Lo dejé que sonara unos buenos cinco minutos. Mientras, me dedicaba a recordar mi infancia.

Cuando yo era un niño no había TV pero, a cambio, teníamos unas fabulosas emisoras de radio por las que daban unos fabulosos seriales de ciencia-ficción, de aventuras, policíacos… Sólo tuve que recordar cómo me sentía escuchando a los locutores y …

¡CLIK!

Abrí la comunicación y comencé a gritar.

—¡Socoooorro! ¡Socorroooooo! ¡Es horrible! Veo a esos dos… a esos dos… (¡Maldita sea! No sabía sus nombres, tendría que improvisar). A esos dos… ¡Están ahí! Sí. Los dos. Muertos… ¡Muertos…!

—¡Mark! ¡Mark! ¿Qué ha sucedido?

Hice que no los oía y seguí gritando como un locutor radiando la final de la copa de Base Ball.

—Están ahí… ¡Ahí! Están ahí… y no pude hacer nada por ellos. ¡Venid! ¡Venid a rescatarme! Estoy colgando del precipicio… Ayudadme. ¡Ayudadme! ¡Por favor… AAAAAAGGGGHHHH!

Mientras lanzaba el desgarrador grito arrojé el «*walkie-talkie*» unos metros más allá. Eso produciría el efecto de que mi voz se perdía, precipicio abajo, y el aparato les transmitiría los golpes contra el hielo.

Después salí corriendo tras de él.

—¿Mark? ¿Mark? ¿Me oyes? ¿Qué ha sucedido? ¡Contesta! ¿Estás bien?

Hubo unos segundos de silencio.

—Creo que… han muerto. —Oí como comentaban entre si nuestros enemigos—. Eso me ha parecido entender… ¡Tendríamos que buscarlos…! Pero… ¿Dónde pueden estar?

—Volvamos a la base —dijo otro de los ocupantes del vehículo —. Le voy a decirle a Pyle que entre y nos vamos, no se puede hacer nada. Y menos aún, si se aproxima un temporal.

Yo, guardé el «*walkie-talkie*» en un bolsillo y corrí junto a mis compañeros.

El
«snow-cat»
se estremeció cuando lo pusieron en marcha.

Bárbara, Jim y yo, corrimos hacia la trasera y, con las cuerdas que antes nos habían mantenido unidos, nos atamos a los salientes, cubiertos de hielo, que el vehículo tenía en su parte posterior.

Entonces, igual que cuando era niño y tenía que agarrarme a las traseras de coches y autobuses para volver a casa sin pagar, nos dirigimos a la Base Stark.

CAPÍTULO VII

El trayecto no fue igual que en mi infancia. En aquella época, lo más que me ocurrió fue que un cobrador intentara machacarme los nudillos con su taladradora de billetes.

Pero el viento de la Antártida es mucho más bestia que Rambo disfrazado de cobrador.

Os daré un ligero resumen de las condiciones en que realizamos el trayecto:

Temperatura: 50 grados centígrados bajo cero.

Velocidad del viento: 200 kilómetros por hora.

Visibilidad: hasta cinco centímetros más allá de nuestras narices.

Comodidad del pasaje: nula. Viajeros próximos a la congelación. Con calambres en las extremidades, labios cortados, ropa acartonada, botas heladas…

¡Y todos estos sufrimientos, tan sólo por salvar nuestras miserables vidas!

Tardamos más de una hora en alcanzar la Base Stark.

Las condiciones meteorológicas descritas fueron las de los primeros cinco minutos, después empeoraron.

Cuando el «snow-cat» se detuvo a las puertas del módulo principal de la base, nosotros éramos lo más parecido a un iceberg.

Y lo malo es que nos esperaba lo peor.

Jim y yo saltamos al suelo. Y nos situamos a una de las cadenas de arrastre.

Al primero en descender lo cogió Jim. Le puso un brazo al cuello, se apoderó de su fusil y lo dejó fuera de combate de un golpe en la nuca.

El segundo fue para mí. Comencé con una patada en el estómago. Cogí su rifle y con la culata le acaricié los morros.

Cayó como un saco de arena. Y es que los golpes «en frío»…[5]

Caballeros como somos, cuando el tercero bajó del vehículo lo encañonamos a dos bandas y dejamos que Bárbara se desahogase con él.

Le dio una bofetada.

No es necesario añadir que Jim y yo terminamos el trabajo de la chica.

Entramos en la base como lo hacen los comandos en las películas de guerra, o los policías cuando se disponen a prender a un peligroso delincuente.

Jim me cubrió mientras yo abría la puerta de una patada y saltaba al interior encañonando a los presentes.

Me hice a un lado y entraron Jim y Bárbara.

Apuntamos a los tres tipos que nos miraron sorprendidos y comenzaron a reír.

—Sí que tenéis ganas de juerga, después del «paseo».

—¿Se os ha helado el cerebro? ¿Qué hacéis jugando a los «Boinas Verdes»?

—Dejaros de tonterías y decid a los otros que entren.

Me di cuenta de que íbamos vestidos con los trajes habituales de la base. Y, como llevábamos la cara cubierta, no nos habían reconocido.

Di una palmada al doctor *Hooligan* y pasé por su espalda camino del lugar donde estaba el pequeño armero donde se guardaban el resto de las armas.

Las cogí, las deposité en el suelo a mis pies y me quité la capucha.

Hooligan y sus dos acompañantes palidecieron súbitamente.

—¡Vosotros…! ¿Dónde están Pyle y los demás?

—Pyle y otros dos están bajo el
«snow-cat»
sin conocimiento. Los otros tres yacen en una fría sepultura… —repliqué poniendo cara de Clint Eastwood.

Palidecieron aun más.

—Si no recogéis a vuestros compañeros que están bajo el vehículo… —dije amenazadoramente— cuando se enfríen los

motores…

Comprendieron rápidamente mis frases inconclusas.

Jim Tonic no dejó ni un segundo de apuntarles mientras se vestían con las prendas térmicas. Y cuando salieron al exterior, los acompañó sin permitir que se apartasen del radio de alcance de su fusil.

Mientras estaban fuera, Bárbara me dio un codazo.

—¡Tenemos muchas cosas que hacer! —me dijo a modo de explicación.

—¿Sí? —pregunté yo, un tanto sorprendido.

—Claro. Si el invierno Antártico se nos viene encima, habremos de pasar aquí dentro varios meses… ¡Varios meses! Nueve personas juntas, tres carceleros y seis penados. ¿Tú crees que podemos vivir aquí, todos juntos y revueltitos, sin que surjan problemas?

Tenía razón.

Apartamos tres camas y las situamos en uno de los brazos en cruz griega, que constituían la base. Amontonamos allí los fusiles, candados, cuchillos, algo de provisiones, linternas…

En uno de los brazos, que carecía de puerta exterior, comenzamos a construir una reja, fabricada con barras perforadas de las que se usan para montar estanterías metálicas.

Cuando regresó Jim, obligó a sus tres «penados» a que dejaran a los inconscientes en las camas, y se pusieran a ayudarme en el trabajo, mientras Bárbara vigilaba a los tres que habían traído del exterior.

Cuando terminamos de construir su jaula, levantamos otra aislándonos a nosotros del resto de la base.

En menos de una hora estaba terminada la instalación.

La base, una vez realizadas las «reformas», era una cosa tan agobiante como un zoológico de pueblo, pero serviría para nuestros propósitos.

Por el sistema de las verjas, habíamos creado tres compartimientos separados entre sí, nosotros nos hallábamos en donde estaba la puerta de salida. Nuestros prisioneros en el brazo situado enfrente de nosotros.

Los otros dos brazos y el punto de intersección, constituían el tercer compartimento, la zona «neutral».

Una vez hecho esto, nos dispusimos a ordenar el trabajo.

Uno de nosotros tres estaría siempre de guardia, para lo cual montamos turnos de 8 horas.

Nuestros «prisioneros» se encargarían, también por rigurosos turnos, de la comida, limpieza y demás labores domésticas.

A continuación nos pusimos en contacto con la Base Wouk.

Fue Bárbara quien habló.

—Deseo que se ponga mi padre.

—Ahora mismo, señorita Higgs… —replicó la voz de uno de los secuestradores.

—¿Estás bien, papá? —preguntó ella, preocupada.

—Sí, perfectamente.

—Bueno, pues escucha lo que te voy a decir; nosotros no. Hemos intentado llegar hasta donde tú estás y nos ha sido imposible. Primero nos han prestado un
«snow-cat»
que no funcionaba bien y nos ha dejado tirados a mitad del camino. Segundo, han enviado a seis hombres a que nos remataran a balazos. Pero en estos momentos la situación ha cambiado. Han muerto tres de los secuaces de *Hooligan* y él y cinco más son nuestros prisioneros. Te digo todo esto, por si te están amenazando con un arma para que digas que te encuentras bien. Así que voy a repetir la pregunta: ¿Cómo te encuentras?

—Pues… ¡MMPPFFF!

Alguien le había tapado la boca para impedir que hablara. Bárbara sonrió. Indicó con un gesto de la mano que le acercaran a *Hooligan*, le apoyó en la sien un Colt que no había visto antes y dijo:

—Todo lo que os he dicho es absolutamente cierto. *Hooligan*, con un revólver apuntándole a las ideas, os lo va confirmar.

—Sí. Tiene razón… Es cierto todo lo que os ha dicho.

Nadie contestó desde la otra base. Bárbara les concedió unos instantes para que digirieran el asunto y añadió:

—Ahora ya hemos jugado bastante. Si antes de quince segundos no se ha puesto mi padre, le volaré la cabeza, *Hooligan*. Y, si no lo creéis…

—¡Bárbara, Bárbara! ¡Detente! No hagas una locura… Ya me han soltado —gritó el profesor Higgs.

—¿Estás bien, papá?

—Sí, hija, Ahora, sí. Me han estado golpeando… para que

firmara una herencia dejándolos a ellos como únicos herederos. Pero no lo han conseguido.

Bárbara sonrió, y dijo:

—¿Recuerdas que cuando era niña, tenía un cuento que te obligué a leerme cientos de veces?

—Sí. Era «La Pastelera Mágica». Todavía me lo sé de memoria…

—Perfecto. Yo también lo recuerdo palabra por palabra. Cada día nos pondremos en contacto. Tú recitarás una frase y yo otra. Ése será el sistema para saber que los dos hablamos sin estar amenazados. Si alguno de los dos dice una frase que no figura en el texto, eso significará PELIGRO. Y como ellos no conocen el cuento… ¿Te parece bien?

—Muy ingenioso, hija. Nos llamaremos mañana a las siete de la tarde.

Se cerró la comunicación.

Bárbara sonriendo relajada, se volvió hacia nosotros.

—Ahora viene lo más duro; el invierno en la Antártida. ¡No sabéis lo que es eso!

Lo supimos muy pronto.

La tempestad que nos había atrapado cuando bajamos del «snow-cat»,
era la «Obertura». Después vino el resto.

Pasamos ocho meses allí dentro. Las salidas al exterior nunca fueron más allá de diez metros de distancia y, siempre, cuando era urgente acudir a alguno de los campamentos auxiliares a recoger algo absolutamente necesario.

Pasamos todas las calamidades imaginables: claustrofobia, depresión, introversión, hastío…

La única diversión allí, era la lectura. Afortunadamente tenía una biblioteca compuesta por cien títulos.

Bárbara, Jim y los demás se los leyeron todos: desde la «Batroaquiomiomaquia» de Homero, hasta un folleto titulado: «La gestión de los combustibles de origen orgánico en las comunidades unifamiliares de las áreas tropicales subdesarrolladas. Supervivencia, crecimiento y desarrollo de éstas, como influencia del uso del petróleo y sus derivados» de un tal Wolfang H. Schreider. También leyeron novelas policíacas, de ciencia-ficción, pornográficas, románticas, de guerra, de aventuras…

Yo, que siempre voy con un libro debajo del brazo, no leía en esta ocasión absolutamente nada.

Me dediqué a escribir mis últimas aventuras, intentando ponerme al día, para que mi editor no volviera a quejarse de mis retrasos.

También, cuando estaba harto de hacer memoria, escribía algunos cuentos de creación. Quizá algún día me anime a publicarlos, porque son bastantes.

¡Ocho meses sin casi nada que hacer, dan tanto de si…!

CAPÍTULO VIII

Los originales de estos libros que tenéis en las manos, constan de unos ochenta folios. Sólo os diré que en los ocho meses que pasé encerrado escribí más de 5000 páginas.

La única distracción diaria que teníamos dentro de la estación, era la de seguir el cuento que se iban contando Bárbara y su padre, como si se tratara del más sorprendente serial de TV.

El día en que la pastelera se quedó sin harina, contuvimos el aliento igual que millones de americanos lo hicieron en el momento en que le dispararon a J. R. en la serie «Dallas».

También mis novelas gozaban de buena aceptación. Bárbara y Jim devoraron todas ellas con pasión, aunque con opuestas reacciones.

Así como Bárbara se sonrojaba en ocasiones, Jim se reía entre dientes murmurando:

—¡Caramba con Kobra! Me la tienes que presentar.[6]

Creo que la lectura de mis novelas, alteró el concepto que mis dos compañeros tenían de mí. Jim se pasaba el día acusándome de ser un «fantasmón», y Bárbara comenzó a maquillarse los ojos, pintarse los labios, dejar suelto algún botón de la pechera de su camisa… y apoyar sus senos en mi espalda, con la excusa de leer sobre mi hombro lo que estaba escribiendo en aquel momento.

Pero, puedo juraros que no pasó nada más entre nosotros. Y más por causa mía, que por la de Bárbara que lo intentó con vehemencia.

La explicación es muy simple: en la Base Stark, la intimidad era inexistente y me horrorizaba el hecho de que, al finalizar una de mis habituales y gloriosas «actuaciones», *Hooligan* y sus secuaces rompieran a aplaudirme.

Soy muy tímido.

Pero dejemos estos temas ardientes, y volvamos a los fríos hielos de la Antártida.

Un buen día, Bárbara salió a consultar los equipos científicos situados en el exterior de la base.

Al volver, sonreía sin poder ocultar su alegría.

—Chicos… creo que el invierno se acaba. El mar comienza a deshelarse.

Fue un alivio. Las provisiones se estaban acabando y nuestra paciencia también.

Después de un encierro tan largo, cualquier excusa era buena para gritarnos unos a otros. «La jaula de los monos», que era la forma en que llamábamos a donde guardábamos nuestros prisioneros, había veces en que recordaba a un enfebrecido partido de *rugby*.

Jim, ardía en deseos de salir a «hechar un cigarrito», ya que en aquel cerrado ambiente le teníamos completamente prohibido fumar más de tres cigarrillos al día.

Bárbara ansiaba encontrarse con su padre (aunque creo que tenía iguales ganas de volver a la civilización y encontrar un «novio» en la primera esquina).

Y yo estaba cansado de recorrer el mundo montado en una máquina de escribir, y tenía ganas de estirar las piernas. (Aunque creo que, en el momento en que desapareciera el público, Bárbara y yo podríamos disputar un «encendido encuentro»). En aquellos meses la chica había dejado de ser, para mí, una «nena mona» y se había convertido en la más clara candidata a «Playmate» del año.

Durante un par de días más, el tiempo fue mejorando, es decir, nos fuimos acercando a los veinte grados bajo cero. Comenzamos a realizar salidas al exterior. Salidas que Jim fue aprovechando para «poner a punto» nuestro viejo «Dakota».

Aunque parezca imposible, el avión había soportado los rigores del invierno sin graves problemas. Había añadido alguna «tosecilla» a su repertorio de ruidos, pero se conservaba bastante bien.

También aprovechamos para dar un vistazo al mar. El hecho de que se estuviera «deshelando» no significaba que se pudiera navegar sobre él. La placa de hielo que, hasta entonces, cubría el agua, se había cuarteado en mil diminutos trozos, parecidos a minúsculos

icebergs de afiladas aristas.

Aunque se veía el agua en algunos puntos, navegar sobre aquel mar era tan imposible como utilizar una plancha de fakir, para dar volteretas y saltos mortales.

Una semana después del anuncio de Bárbara nos dispusimos a marchar hacia la Base Wouk a recoger a su padre.

Montamos la operación con mucho cuidado; no podíamos ir allí los tres, ya que nos coserían a tiros antes de aterrizar. Tampoco nos era posible llevar con nosotros a nuestros prisioneros.

Jim se ofreció a quedarse custodiándolos mientras rescatábamos al profesor.

—Ya vendréis a buscarme después —dijo tranquilamente.

—¿Y si nos sucede algo allí? —preguntó la chica, no muy satisfecha de dejarle atrás.

—Si os sucede algo, y voy con vosotros, también me sucedería a mí. Igual me da que me suceda allí que aquí. Además, mientras vais y volvéis…

Y, sin terminar la frase, sacó de uno de sus bolsillos un mazo de puros.

Si el Tribunal de Ginebra hubiera sabido la clase de tabaco que fuma Jim, seguramente lo hubiera incluido en su «Catálogo de Armas Químicas».

Pero ése era un problema para los prisioneros, no para nosotros.

Bárbara y yo abandonamos la base a muy temprana hora, aunque allí, en verano, todos los días tienen sol aunque sea débil.

Llegamos hasta el avión y subimos a la cabina.

Acostumbrados al frío, allí hacía calor, así que nos desprendimos de nuestros trajes térmicos.

Yo me puse a los mandos.

Bárbara se siguió desprendiendo de prendas, ya que la «térmica» era ella.

Sólo os diré que salimos con una hora de retraso.

Pero lo hicimos tres veces. ¡Tres!

Por fin, una vez hube superado mi «stress» y dejado atrás mis depresiones, me dispuse a pilotar el «Dakota» hasta la Base Wouk.

Algo había oído de que los pilotos que aterrizaban en la Antártida tienen prima especial.

Algo extraño había notado en la sonrisa de Jim Tonic, cuando

me «cedió» el honor de llevar a Bárbara.

¡Algo muy especial, es el hecho de despegar sobre una pista de hielo!

Para empezar, se necesita una longitud cinco veces más larga de la habitual, un motor capaz de dar gas a tope, unos nervios a prueba de bomba… y una paciencia sin límites para intentarlo una y otra vez.

El problema radica en que el avión «patina» sobre el hielo y no puede alcanzar la velocidad de despegue.

Íbamos de un lado a otro de la pista, sin velocidad, pero haciendo más «eses» que un Congreso de Borrachos, como si en lugar de keroseno, hubiéramos llenado los depósitos del «Dakota» con «scotch» de 12 años.

Todo esto sin mencionar que aquí el permiso para despegar no lo da la Torre de Control, sino el viento.

Un «soplido» de 200 kilómetros por hora, empeñado en llevarme la contraria, es demasiado hasta para el más experto de los pilotos.

Una y otra vez lo intentaba, una y otra vez fracasaba.

El sudor comenzaba a dibujar un intrincado mapa sobre mi «T-shirt».

Las manos me temblaban cada vez que sujetaba con fuerza los mandos que guiaban el aparato.

Esto último no sólo era culpa de las dificultades climáticas. Algo tenía que ver con este asunto, los «ejercicios de calentamiento» que acababa de realizar a medias con Bárbara.

Pero al fin, cuando ya estaba dispuesto a rendirme y soportar las bromas y chanzas de Jim, el avión se elevó un par de palmos sobre el suelo.

Todo el fuselaje dejó de vibrar. El ruido del roce desapareció. El avión se tambaleó agitado por los vientos. Recorrimos así unos centenares de metros, hasta ascender a la escalofriante cifra de diez metros de altura.

No era mucho, pero sí lo suficiente para sobrepasar uno de aquellos precipicios que había ante nosotros.

Una vez superado, comenzamos a volar a treinta metros.

Dejé que el «Dakota» planease un rato para que sus motores se calentaran y funcionaran con normalidad.

Después di un brusco giro del mando y el avión se elevó hacia el

cielo, como la más ágil de las aves.

Ya me había olvidado de la dulce experiencia de volar. Pasamos sobre la Base Stark, di un vaivén a las alas, a modo de saludo dedicado a Jim, y emprendimos ruta al Sur, hacia la Base Wouk.

Si despegar es difícil, mantener el rumbo aún lo es más.

Supongo que todos ustedes habrán oído hablar de los Polos Magnéticos. Gracias a ellos, las brújulas señalan el Polo Norte en uno de sus extremos y hacia el Polo Sur en el otro.

Todas las brújulas del mundo.

En todas partes del mundo.

O, por lo menos, eso creía yo, hasta que di un vistazo en el panel de control, y descubrí que los indicadores señalaban lo mismo que si estuviera a bordo de un submarino en las Islas Hawai.

—No te preocupes, Indy —me dijo Bárbara—. No se trata de que el avión funcione mal, es que la proximidad del Polo magnético afecta a todos los aparatos de medición.

Era cierto. Parecía como si altímetros, brújulas y demás instrumentos de navegación estuvieran en mitad de lo más delirante de las borracheras. La teoría de los depósitos de combustible llenos de «scotch», a pesar de todo lo que decía Bárbara, iba tomando cuerpo.

—Explícame cómo demonios vamos a seguir una ruta que nos lleve a la Base Wouk.

—Sigue recto —dijo la chica sin apartar los ojos del horizonte.

Aquella explicación me dejó tan intranquilo como, una vez que estuve en España, cuando pregunté el camino para Torremolinos y un oriundo del lugar me dijo: «Too palante y luego pa este lao».

Pero Bárbara me llevó hasta la base. No sé si sería debido al cariño a su padre o al deseo de no quedar desheredada, pero me llevó hasta allí.

Poco a poco, sobre la blanca superficie de la nieve fue destacándose un punto oscuro que resultó ser la Base Wouk.

No puedo decir que fuéramos bien recibidos, ya que yo me quedé dentro del avión, con el motor en marcha, mientras Bárbara bajaba en busca de su padre.

Regresó después de media hora de angustiosa espera.

La chica arrastraba a un gigantón de más de dos metros, con bigote y perilla de color blanco, y calvicie pronunciada. El volumen

de su estómago guardaba relación con su estatura.

Y cuando nos estrechamos las manos, la mía se perdió entre su palma.

Despegamos con mayor facilidad que la vez anterior. El peso del profesor debió de contribuir a estabilizar y afianzar el avión.

Mientras nos alejábamos vimos como los habitantes de la Base Wouk salían a despedirnos con un gesto muy poco habitual; haciéndonos unos cortes de mangas.

Yo no quedé tranquilo, así que, en cuanto estuvimos cerca de la Base Stark, entré en contacto con ella por radio.

—¿Estás bien, Jim? —le pregunté a mi socio.

—Perfectamente —respondió.

No me gustó aquello. Jim debería de haber respondido: «¿Acaso lo dudas?», o «¿Con quién te crees que estás hablando?».

Cuando corté la comunicación, sólo dije una cosa:

—¡Mierda! Teníamos que haber establecido alguna clave con Jim. Creo que lo han apresado.

CAPÍTULO IX

El tiempo comenzó a empeorar. El hecho de que llegue el verano a la Antártida, no es sinónimo de que llegue el buen tiempo.

En más de una ocasión, barcos que acudían a instalar una base o a efectuar el relevo de sus ocupantes, habían quedado atrapados entre los hielos, y tenido que esperar… hasta el verano siguiente.

Por eso, todos los buques van cargados con provisiones para dos años, al igual que sucede en las bases.

El viento, que había vuelto a alcanzar una velocidad considerable, nos empujaba con fuerza por el lado derecho. Cuando divisamos la Base Stark nos fue muy difícil enfilar la llanura donde debíamos de aterrizar, ya que, para mayor seguridad, yo deseaba hacerlo por su parte más larga, cosa que no coincidía con los deseos del viento.

Cuando perdimos altura, el «Dakota» se agitó como una pelota de «*ping-pong*» en medio de un huracán.

El viento nos zarandeó sin piedad, de una a otra dirección. Los copos de nieve comenzaron a bailar ante nosotros, convirtiendo la atmósfera en un espeso puré de patatas. Yo me las veía para controlar el avión e impedir que capotásemos.

Afortunadamente, los aparatos de control parecieron haber vuelto a la cordura y el altímetro me señalaba el punto en que nos encontrábamos sobre el suelo.

Pero cuando tomamos contacto con la «pista de aterrizaje» fue mucho peor, fue como si intentásemos patinar sobre el techo acanalado de un hangar.

El avión saltó en mil y una direcciones. Todos y cada uno de los

remaches del fuselaje lanzaron un grito de agonía, las planchas crujieron, Bárbara lanzó un grito, mientras el profesor Higgs, haciendo uso de sus conocimientos científicos, proclamaba:

—Nos la vamos a pegar.

No le faltaba razón. Una oleada de viento nos embistió por la izquierda. El avión elevó peligrosamente el ala de aquel lado, mientras la derecha parecía querer clavarse en el suelo.

—¡A la izquierda! —grité—. ¡Vamos a voltear!

Bárbara fue la primera en obedecerme. Su padre le siguió a los pocos instantes, y fue de gran ayuda.

Cuando se situó donde yo le había indicado, el avión se aposentó firmemente sobre el suelo. ¡Eran muchos kilos de ciencia, ayudando a la Ley de la Gravedad!

El «Dakota», a pesar de la ayuda del profesor Higgs, siguió derrapando sobre el hielo empujado por el feroz viento.

No fue hasta un par de minutos, y treinta trompos después, que el avión se detuvo.

Y lo hizo contra un impresionante farallón de hielo que hubiera hecho palidecer de envidia a los fiordos noruegos, o a las calas de la Costa Brava.

El ala derecha crujió al chocar contra la pared, pareciendo que iba a partirse.

El cuerpo del «Dakota» se estremeció en medio de una sinfonía de crujidos de hierros retorciéndose.

Y nosotros salimos disparados contra la pared de la cabina de mandos.

Aunque el golpe no me dejó sin sentido, tardé unos segundos en reaccionar y hacerme cargo de la situación.

Bárbara yacía sin sentido, y el profesor tenía una brecha en su brillante calva, por la que manaba abundante sangre.

Me acerqué a la chica y comprobé que sus constantes vitales no se habían alterado. La herida del profesor, aunque aparatosa, no parecía ser de gravedad.

El frío que había penetrado a través de la puerta abierta del avión, me ayudó a reanimarlos.

—Rápido —les dije cuando comprobé que se podían mantener de pie—. Hemos de llegar a la base antes de congelarnos.

No estábamos cerca, pero no tuvimos tiempo de buscar y

colocarnos nuestros trajes térmicos. El avión aunque había resistido el choque sin romperse, estaba perdiendo el combustible.

Una chispa nos haría volar por los aires.

A empujones les obligué a salir del aparato y a correr en la dirección en que creía que se hallaba la base.

Correr, correr, correr…

Ése era nuestro único recurso para combatir el frío. Pero cada vez era más difícil. A cada segundo transcurrido, un dulce sopor nos invadía, una tremenda dejadez se apoderaba de nuestro cerebro invitándonos a pararnos unos segundos y descansar.

La primera en sucumbir fue Bárbara. Sin miramientos, me la cargué sobre los hombros y obligué a su padre a seguir corriendo.

Después fue el profesor. Más de 100 kilos de peso muerto.

Afortunadamente estábamos a la vista de la base.

Sabía que Jim estaría observándonos, pero que no dejaría solos a sus prisioneros, si no era absolutamente necesario.

¡Pero ya lo era!

¿A qué esperaba ese pedazo de animal?

Llegué a la puerta de la base, casi al límite de mis fuerzas, con la chica cruzada sobre mi cuello, y arrastrando al profesor de la manga.

Dejé caer todo mi peso sobre la puerta, para abrirla. Ésta cedió franqueándome el paso.

Caí desplomado en medio de «nuestra» parte de la Base.

Jim, con un ojo hinchado, el labio partido, y las mejillas inflamadas, me contemplaba desde detrás de los barrotes.

Los cañones de tres fusiles me contemplaban más de cerca.

Pero no dispararon. Se limitaron a dejar que sus pies se vengaran de aquellos meses de cautiverio que les habíamos regalado.

Me llovieron las patadas.

Miles y miles de golpes que se estrellaron contra mi helado cuerpo, arrancándome las últimas gotas de vida.

Y entonces alguien gritó:

—¡¡¡FUEGO…!!!

Las patadas cesaron y todos se alejaron de mí.

Tomé a uno de ellos por la pantorrilla, en un desesperado gasto de mis últimas energías, y lo derribé al suelo. El instinto de

supervivencia me ayudó a dejarlo K. O. y apoderarme de su rifle.

Jim luchaba a brazo partido con dos de ellos.

Y el profesor se unió al combate. Con la misma energía de un rinoceronte herido, con la misma brutalidad que un búfalo loco, con toda la potencia de un elefante enfurecido.

Sus brazos, como mazas de hierro, golpearon a diestro y siniestro.

Hooligan y dos de sus secuaces salieron volando por los aires.

Fue una buena pelea.

Pero mientras tanto el fuego hizo su trabajo.

Dos de los brazos del edificio principal de la estación, ardían sin freno. Un humo denso llenaba los otros dos, incapaz de elevarse entre el temporal, permaneciendo pegado al suelo y luchando por entrar en nuestros pulmones.

—¡Vamos, hijo! —me dijo el profesor, mientras me cogía y colocaba bajo su brazo, como si fuera un periódico doblado.

No había donde huir. El fuego estaba acabando con nuestra última posibilidad de sobrevivir.

Vi a *Hooligan*, envuelto en llamas, alejarse corriendo hacia el horizonte.

También vi como uno de sus compañeros aparecía con un rifle, buscándonos con la mirada. Se hallaba entre el avión y nosotros, cortándonos aquella vía de escape. Pero, de todas maneras, no podíamos utilizar el «Dakota» ya que no íbamos a tener tiempo de acercarlo aquí, cargar el depósito, y salir huyendo.

El profesor nos ayudó a salir a todos y nos llevó a empujones hacia la costa, hacia el barco, hacia nuestra única posibilidad de salvación.

Jim se volvió hacia su avión, con lágrimas en los ojos, y le lanzó un beso.

—Volveré a por ti… ¡Volveré! —dijo con voz entrecortada.

Habíamos salido de la sartén para caer en el fuego, y ahora salíamos del fuego para caer en… algo mucho peor.

CAPÍTULO X

El barco era un tastarro que difícilmente alcanzaba la categoría de «caja de zapatos que flota». Se trataba de un velero de dos mástiles, y de unos veinte metros de eslora. Su aspecto, después de haber pasado el invierno entre los hielos, no era el más adecuado para salir fotografiado en una de esas carísimas revistas de náutica.

Una mirada bastaba para renunciar a subir a él y decidirse a pasar el invierno sobre el hielo, armado únicamente con una bufanda y una lata de berberechos. Pero nosotros nos subimos a él, como si se tratase del buque más seguro que jamás haya surcado los mares.

El profesor Higgs nos indicó que bajáramos a los camarotes y nos pusiéramos ropa de abrigo, mientras él ponía en marcha su renqueante motor.

Llamar «camarotes» a aquellos infectos cubículos, es más un alarde de poesía, que de realismo.

Pero, afortunadamente, el buque estaba provisto de ropa, alimentos, combustible… Nos vestimos a toda velocidad, con una especie de «monos» integrales, impermeabilizados y con capucha y guantes, todo en una pieza.

Fui a relevar al profesor, que se hallaba al timón, con la mirada fija frente a él.

—Es una suerte que el barco estuviera tan bien avituallado.

—No es suerte. Es necesidad. Todas las bases de la costa tienen uno en esas condiciones. Si surge algún problema con el edificio de la base, siempre pueden refugiarse aquí, y esperar a que se produzca el deshielo. De hecho, hay expediciones que ni siquiera tienen base, se limitan a dejar que el barco quede atrapado, y lo utilizan como «su casa».

Estaba ansioso por seguir dándome explicaciones, pero yo le animé a que bajara a vestirse, antes de que se convirtiese en un carámbano.

—Cuidado con los icebergs, con los «floes», con los «glowlers»…

No entendí nada de lo que dijo. No sabía si estaba hablando de animales mitológicos, o de nombres de misiles.

Bárbara fue la segunda en aparecer. Tomó un cierre metálico que llevaba colgando del cinturón, y lo sujetó a una sirga que cruzaba la nave. Después dio un grito y vino hacia mí corriendo.

—Sujétate al «Cable de la vida» —me dijo, mientras realizaba conmigo la misma operación que ella había hecho anteriormente—. Esto evitará que te caigas al mar…

—No te preocupes, sé nadar —repliqué un tanto ofendido por su preocupación.

—El agua está solo a un grado. Si caes y no te sacan, en un minuto… ¡Adiós, Indy James!

Durante todo este tiempo, y a excepción de un rápido vistazo hacia la base y a sus componentes, que nos insultaban agitando los puños, yo había estado al frente del barco.

—¡Cuidado! —gritó Bárbara, corriendo hacia la proa y tirándose sobre la cubierta—. ¡A la izquierda! ¡Rápido!

La obedecí sin saber a qué se debía su grito de terror.

Un chirrido estruendoso, resonó por la quilla del barco, hasta perderse por la popa.

Vi que Bárbara exhalaba un suspiro de alivio. Su padre apareció detrás de mí, apoderándose del timón.

—Ya conduzco yo. Tú, ayuda a Bárbara.

Me tendí junto a ella y observé la superficie del mar, con la misma intensidad como lo hacía la chica.

—¿Ves aquello? —me señaló la espuma blanca que coronaba la cresta de una ola.

—Sí…

—Es un «glowler». Algo parecido a un iceberg pero de forma plana. Suelen ser de varias toneladas y podrían destrozar el barco. Sólo una minúscula parte asoma a la superficie y mucha gente los confunde con espuma de las olas…

—No sabía que fuera tan peligroso navegar por aquí… —comenté impresionado.

—Ahora sabrás lo verdaderamente peligroso que es —me dijo, mientras señalaba un punto en el cielo.

Como si el tiempo hubiera decidido darme una muestra de maldad, un fuerte viento comenzó a zarandearnos. Las olas crecieron ante nosotros hasta formar paredes de quince metros de altura. El frío cayó sobre nosotros, y una impenetrable nube de escarcha comenzó a rodearnos.

—¡Uf! Lo que faltaba… —murmuró Bárbara—. ¡La niebla blanca!

Durante media hora, no sé si avanzamos o retrocedimos. Lo único que recuerdo es que fuimos zarandeados como un escarabajo en una coctelera.

Y luego, tan bruscamente como había aparecido, el temporal cesó.

Habíamos avanzado bastante, sin darnos cuenta. Los «glowlers» brillaban por su ausencia y, en su lugar, grandes icebergs dominaban la superficie del mar.

El que se imagine un iceberg como una casa de dos pisos, está en un error, es mucho más grande que un gigantesco rascacielos.

—Son muy peligrosos ahora —me dijo Bárbara.

—¿Por qué? Los podemos evitar con facilidad.

—Sí, pero si cambia la temperatura del agua, pierden hielo y su masa se reajusta. Eso significa que la parte visible se sumerge y emerge otra por el lugar que menos te lo esperas. Si alcanza el barco en maniobra…

No terminó la frase. El ruido de un motor nos hizo aguzar la vista a todos, intentando localizar el barco que lo producía.

A todos menos a Jim.

—¡Malditos bastardos! —gimió, mirando hacia el cielo.

El «Dakota», su «Dakota», avanzaba hacia nosotros. No era difícil imaginar que algunos secuaces de *Hooligan* lo pilotaba.

En unos minutos estuvieron sobre nosotros.

Abriendo fuego con sus rifles.

—¡Bajad a los camarotes! —gritó el profesor—. Y no subáis a menos que nos alcancen.

Bárbara me obligó a descender junto a Jim y ella. Silenciosamente, sin decir nada, comenzó a rebuscar en las alacenas, hasta localizar el botiquín. Despejó una de las mesas y fue

extendiendo sobre ella las gasas, vendas, esparadrapo…

El «Dakota» comenzó a realizar pasadas sobre nosotros.

Jim se contenía con dificultad en sus ansias de salir a cubierta.

Oímos un choque metálico, una maldición del profesor y su grito de:

—¡Agarraos!

Después comenzamos a bailar una danza frenética.

—No puede ser que nos embistan… ¡No puede ser! —murmuró Jim, mientras se lanzaba escaleras arriba. Bárbara y yo le seguimos.

Desde el «Dakota» habían lanzado una sirga metálica, y nos habían «laceado» en uno de los mástiles, como un vaquero ata a una res.

Cada viraje del «Dakota», cada vuelta, cada elevación, hacía que nosotros fuéramos impulsados de un lado a otro.

El mástil crujía en cada revuelta.

El profesor Higgs, firmemente agarrado al timón, luchaba por seguir la ruta del avión, procurando que el palo ofreciera la menor resistencia posible. Pero era una batalla perdida. Antes de que pasara mucho rato nos habrían partido el palo…

El profesor puso el motor a tope y se encaminó hacia uno de los icebergs más próximos.

—¿Qué hace? —le grité—. Si se voltea…

—Si se voltea y nos alcanza será una muerte rápida. Si no es así moriremos poco a poco, a la deriva y bajo el fuego de esos asesinos.

El barco luchaba por acercarse al iceberg. De esa manera reduciríamos la capacidad de maniobra del avión y, con suerte, lograríamos que la sirga se enganchase en el hielo.

Los secuaces de *Hooligan*, comenzaron a avanzar en dirección contraria, frenando nuestro acercamiento y haciéndonos escorar peligrosamente.

Y entonces emplearon una nueva táctica.

Giraron 180 grados y tomaron el mismo rumbo que nosotros, «remolcándonos» contra el iceberg. A la potencia de nuestro motor se unía el suyo.

Íbamos catapultados contra la montaña de hielo.

El profesor intentó virar, esquivar la fría muerte.

El mástil protestó.

¡¡¡Y se rompió!!!

Una parte del palo cayó sobre cubierta, las velas que se hallaban recogidas, se rompieron y se abrieron cubriendo casi todo el barco.

Nosotros caímos y rodamos en revuelta confusión.

Jim apartó las velas, de un golpe seco, y alzó la vista.

El «Dakota» arrastraba un pedazo de mástil.

El «Dakota», libre de su lastre, había ganado velocidad.

El «Dakota» avanzaba con plenos motores contra el iceberg.

Intentó ganar altura y pasar sobre la cima del iceberg. Pudimos ver sus desesperados esfuerzos.

Aguantamos la respiración intentando calcular si podrían remontar el vuelo.

Si lo conseguían sería por escasos centímetros.

—¡Mátalos! —Gruñó Jim entre dientes—. Conviértete en un «kamikaze».

Como si el viejo «Dakota» hubiera escuchado la orden de su viejo compañero, dejó de ganar altura.

Recorrió unos pocos metros sin elevarse.

Los suficientes para que el avión…

¡¡¡CRAAASHHH!!!

Una densa nube de humo negro y una llamarada brotaron del iceberg.

Por un instante pareció que el avión se hubiera quedado clavado en él.

Después, vino una gigantesca explosión.

¡¡¡BOOOOUUUUUMMMMMMMM!!!

El avión y sus ocupantes, en mil pedazos, salpicaron toda la superficie del mar.

Durante unos segundos se oyó el chisporroteo del metal caliente al entrar en contacto con el agua.

Después se hizo un silencio mortal.

Ni siquiera nuestro motor lo rompía.

—¿Cuál es la situación, papá? —preguntó Bárbara.

El profesor Higgs, respiró hondo antes de hablar:

—El motor está averiado. No podemos contar con desplazarnos gracias a las velas. Por aquí no transitan casi barcos. Y los aparatos de telecomunicación no funcionan. Es peor que si fuéramos náufragos agarrados únicamente a una tabla, en medio del océano.

—Bueno —dije yo—. He salido de peores situaciones.

—Yo también —me replicó Jim, encendiendo uno de sus apestosos cigarros.

—¿Qué pensáis hacer? —preguntó Bárbara, que no pudo contener una sonrisa al escuchar nuestros comentarios.

—Tu padre sólo dice lo malo —comencé a contestarle—. Y para evaluar correctamente una situación, hay que tener en cuenta los factores positivos, los que nos ayudan a nosotros.

—¿Hay alguno? —preguntó la chica.

—¡Claro que sí! Allí, detrás de aquella raya que llaman horizonte, hay barcos y personas y ciudades y coches…

—Pero… ¡está muy lejos!

—¿Qué pretendes? En las condiciones tan desastrosas en que nos encontramos no podemos perder tiempo en calcular la distancia… ¡Ya lo haremos cuando lleguemos!

Y puse manos a la obra.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Ver «PESTE DE PASTA», número anterior de esta colección. < <

[2] Se llama «Tiburones de Wall Street» a empresas especializadas en comprar gran número de acciones de otras empresas. Cuando han conseguido el suficiente número «chantajean» al equipo directivo anunciando que van a publicar datos confidenciales, vender bruscamente todas las acciones… y otras medidas destinadas a perjudicar las empresas. A cambio de no hacerlo suelen pedir la recompra de las acciones a un precio exagerado. (N. del T). <<

[3] Los «Three Stooges». (Los tres compinches) son unos populares personajes de la TV, cómic, y cine norteamericanos, que basan su comicidad en «gags» del tipo de payasos: carreras golpes, persecuciones, encontronazos… (N. del T). <<

[4] Ver PESTE DE PASTA, número 42 de esta colección. < <

[5] La frase original dice escuetamente: He fell as a sandbag. (El cayó como un saco de arena). Pero como al autor le gustan extraordinariamente los juegos de palabras y algunos de ellos son intraducibles y se pierden en la versión castellana, yo me he tomado la libertad de crear algunos por mi cuenta. No se interprete esto como una falta de respeto hacia el escritor. En el mundo del teatro es muy frecuente que los actores intercalen frases de su cosecha, que no figuran en el texto original, y a las que se denomina «morcillas». (N. del T.). <<

[6] Kobra es una amiga que se dedica a realizar actuaciones de «*strip-tease*» acompañada por diferentes clases de animales. Ha aparecido en mis novelas: «EL DIENTE DEL PERRO» «RECUERDE EL ARMA DORMIDA» y «KALIA NO ES KALI», números 2, 17 y 35 de esta colección. Podéis pedírselas a mi editor, pero os aconsejo que no las dejéis en manos de vuestros hijos. Ya que Kobra es… muy ardiente. <<